

nadas a nuestro bien.

¡Cuánto sufriría Jacinta por no poder comunicar a su madre perspectivas tan dulces para ella misma, su hermanito y su prima, ni el triste y fatal paradero del que tiene la desgracia de morir en pecado! ¡Cómo hubiera gozado si hubiese podido decir en el seno de la familia: Yo sé de cierto que me salvaré, que pronto en el cielo tendré la suerte de estar siempre con Nuestra Señora! Y sólo podía revelar que en la explanada de Iría se le había recomendado rezar el Rosario y rogar por la conversión de los pecadores y que en el mismo lugar a ella y a sus compañeritos se les había confiado un secreto a condición de que nunca subiera de su corazón a sus labios.

Gran tormento acarreó a los inocentes niños la persistencia de muchos en pretender arrancárselo y sobre todo la burla y el menosprecio que a las veces atraía a la misma Aparición: “¿Hoy también ha venido la mujercita de la nava de Iría a pasearse sobre las encinas?; ¿no vais hoy a ver a la rara Señora?”... Y así por el estilo todos los días y en todos los modos.

Pero a los que aman a Dios, nota el Apóstol de las gentes, todo les redunda en bien. Esas mismas burlas y contradicciones y su propio silencio, sigilosamente guardado durante largos años en contraposición a su natural ingenuidad y espontaneidad, constituían el crisol que en manos de María, serviría para irlos purificando y embelleciendo, hasta hacerlos idóneos para la alta misión que el cielo les tenía asignada.

Con todo, aunque el contenido de tales secretos en nada se hubiese descubierto al mundo, habría podido tener, y habría tenido sin duda su utilidad de carácter universal, pues la simple certeza de la existencia de secretos confiados a humildes almas naturalmente estimula al mejor estudio del Mensaje de la celestial Visión en esperanza y deseos de posibles encuentros de nuevos filones de verdad sobrenatural. Esto tiene especial importancia en Fátima, por razón de que lo allí visto y oído por los pastorcitos procede repetidas veces por vía de simbolismos, tras los cuales pueden reflejarse verdades y futuros hechos históricos, que ellos muchas veces ni siquiera pudieron prever. No es lo mismo ver a tres niños recibiendo la sagrada Comunión por manos de un ángel que contemplar además la conversión a Dios y a su verdadera Iglesia de pueblos orientales que el simbolismo de aquella Comunión en dos especies, hecha en Occidente, a principios de nuestro siglo,

parece reflejar. No conocen del mismo modo los palomares de la Virgen Peregrina los que los tienen por un providencial y prodigioso simbolismo de paz e inocencia que los que sólo aciertan a ver en ellos un bello adorno de la peana de la imagen ambulante. Ni reciben del mismo modo los rayos del sol de 13 de octubre de 1917 los que lo tienen por milagro de orden astronómico, que otros, para nosotros mucho más afortunados conocedores de la realidad, que lo califican de una gran revelación simbólica del Corazón de María y de la gracia en él contenida para el bien temporal y eterno de todos los hombres, aunque puedan verla enmarcada en amenazas de graves castigos de orden trágicamente nuclear para el caso de que el mundo quisiera seguir aferrado a su irreligión.

¿Dónde hallar tan gran bien a base de seguridad absoluta de eficiencia contra tanto mal?

Mi Corazón Inmaculado, nos dice en nombre del Señor la Esposa del divino Espíritu, Madre y vida de la Iglesia, será vuestro refugio y el camino que os conducirá con seguridad a la paz temporal y eterno. Tal es el lenguaje de todas y cada una de las Revelaciones de Fátima, estereotipado ya en símbolos, ya en expresiones verbales, ya en lumínicas claridades procedentes, hasta en forma de Sol, del Corazón de la celestial Madre, ya en secretos ocultos primero tras aquellos símbolos y tras aquellas expresiones verbales pronunciadas ante tres pastorcitos, como gérmenes vitales depositados convenientemente en el surco de la historia, para que en tiempo oportuno puedan germinar y florecer y abrir sus pétalos a vista de todos, o por lo menos ante la autoridad competente de la Iglesia, si es que a ella están especialmente destinados, como lo pudiera estar el llamado tercer secreto de los niños, de que tanto se ha hablado.

Con todo, muchos son los que creen que en buena conciencia puede corresponderse con oídos sordos a tantas y tan reiteradas llamadas de la celestial Madre, por razón de que la Revelación universal y canónica bien completa y terminada quedó por medio de Jesucristo y su Colegio Apostólico. Todo lo demás se califica a las veces de revelaciones privadas, que sólo pueden afectar a tal o cual Santo o a algunas almas escogidas.

¿Ilumina la verdad evangélica la mente de los que así piensan?

Muy cierto es que hoy no puede aumentarse la Revelación canónica propiamente dicha. Si algún nuevo *dogma* se define —Inmaculada, Asunción— es a base de poner en claro que ya estaba

en el depósito de la Revelación de Cristo y sus Apóstoles.

Pero ¿no puede haber en el mundo, dentro y fuera de la Iglesia, mil *hechos* de orden universal, cuyo buen o mal desarrollo puede afectar en buen o mal sentido a una sociedad tan universalmente constituída como es la Iglesia?

El tiempo y el modo de empezar la evangelización del paganismo no constituía para los primeros discípulos del Señor ningún nuevo *dogma*, pero sí un *hecho* de gran envergadura ante la Iglesia y ante toda la humanidad de los ulteriores siglos hasta el fin de todos ellos.

¿Hubieran podido quedarse indiferentes a voces del cielo que llamaran su atención ante tales perspectivas, o que les invitaran a abrir ya las puertas de la Iglesia al gentilismo, en cumplimiento del encargo de predicar el Evangelio a todos? (act. Apost. X-XI).

En el libro de los “Hechos de los Apóstoles” se consignan repetidas veces Revelaciones, ordenadas al bien de la Iglesia y a la difusión de su santo Evangelio, hechas, no a un Apóstol ni a otras personalidades eclesiásticas de entonces, sino a un simple fiel, —un tal Simón, llamado el Negro, que así se le nombra en ese libro inspirado—, a otros llamados Lucio de Cirene, Manahen, Agabo, etc., nombres sin ningún valor histórico, ni categoría en lo humano, pero a cuyas palabras obedecían todos, hasta el Apostolado, en lo que decían como instrumentos del Espíritu Santo, sabiendo todos que a quien se sujetaban no era al instrumento, sino a la persona divina que de él quería servirse para bien general de su Iglesia. Así, por ejemplo, planearon y felizmente ejecutaron su primera predicación a los gentiles, a sobrenatural elección del Espíritu Santo, manifestada por tales instrumentos, San Pablo y San Bernabé, etc. (Act. Apost. XI-XIII).

¿Por qué no han de poder suceder hoy cosas semejantes? ¿Es que se ha abreviado la mano del Señor, o el poder del Espíritu Santo? ¿Acaso nuestro siglo, mucho más prolífico que el de los albores del Cristianismo en *hechos de carácter universal*, no puede encontrarse frecuentemente con la Iglesia en cosas que pueden afectarla en gran escala en favor o en contra de sus sobrenaturales intereses? ¿No son hoy efectivamente *hechos de primer orden* la organización atea de gran parte de la sociedad contemporánea, las persecuciones de la Iglesia, la consagración del mundo al Inmaculado Corazón, la Comunión reparadora de los primeros sábados, que acá y acullá va floreciendo, etc? Por algo el Concilio Vaticano II

invoca al divino Espíritu para conocer su voluntad sobre *hechos mundiales de hoy* como el ecumenismo, la prensa, el cine, la radio-televisión, el anhelo de paz, etc.

Por algo la celestial Madre nos presenta sus Revelaciones de Fátima enmarcadas en perspectivas de grandes castigos y grandes premios, hasta de carácter nacional e internacional y por algo la voz de la historia va también haciéndose eco en diferentes partes de los proféticos presagios de la Reina del Mundo.

Pero si de ningún modo nos obligara su Mensaje claro está que no podrían existir en el cielo ni en la tierra para sus transgresores, tan graves amenazas, ni menos sus correspondientes castigos.

El mismo día de Pentecostés el Apóstol San Pedro, hablando ante una gran multitud, que calificaba de embriagados a los Apóstoles por oír que hablaban diferentes lenguas, les hacía ver que el hecho que estaban presenciando tenía otra explicación muy diferente de la que ellos sospechaban. “Hoy aquí se cumple literalmente, decía entonces en su primer sermón el primer representante de Dios ante su Iglesia, esta profecía de Joel: En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas...

¿Será acaso que sólo aquel día, de veinte siglos atrás, puede pertenecer a los últimos tiempos? ¿O que el sello de la revelación canónica haya de limitar el poder de Dios sobre el mundo? Lo que hay es que aquel mundo, como el de hoy, para resucitar de muerte a vida necesita del poder de Dios y de la intercesión de María, y que entonces, como ahora, tiene una y otra cosa a su disposición, aunque entonces, como ahora, muchos no acaben de apreciarlo, o se empeñen ciegamente en desconocer su suerte.

XII

EL GIBRALTAR DE LA VIRGEN MATERNAL LLAMADAS DE MARIA A ESPAÑA Y PORTUGAL A FAVOR PROPIO, DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO

La Reina del cielo ha asegurado en Fátima con palabras y con claros símbolos, especialmente con el Sol cordimariano, de que

tendremos que hablar al exponer su última Revelación fatimista, que al fin ha de triunfar en el mundo su Inmaculado Corazón.

No sabemos a ciencia cierta cuándo ni cómo ha de llegar a su plenitud tan feliz época. Pero todo induce a creer que España ha de tener en este triunfo un papel preponderante, aunque juntamente con la vecina nación portuguesa. Las dos juntas forman una especie de gran cabeza de puente mundial, un Gibraltar, señuelo de diplomáticos y gobernantes.

¿Por qué no ha de poder servir a la divina Madre de Cenáculo de sus bondades para irradiarlas con profusión aquí mismo y de aquí a otras latitudes?

Muy cierto es que, ni Ella ni su divino Hijo, necesitan tales medios humanos para conseguir los altísimos objetivos de su Providencia. Pero también lo es que generalmente se sirven del mismo orden natural para llevarlos a feliz término y que sólo por excepción echan mano del milagro.

En este supuesto es de presumir que el mismo Dios, para conseguir el reinado de su Madre en el mundo, quiera empezar por establecerlo bien en algún lugar marcadamente estratégico, desde donde como sol, a medida que vaya subiendo hacia su cénit, pueda ir iluminando en ascendente claridad e intensidad nuevos horizontes, disipando las sombras que a tan deseado triunfo puedan oponerse.

¿Dónde querrá poner la Reina del Mundo las primeras oficinas de tan nueva diplomacia?

Preguntémoslo a sus pastorcillos. ¿Nada les dijo sobre el particular?

¡Y tan claro cómo les habló más de una vez verbalmente y con los hechos para señalarles en España y Portugal el punto de partida de su reinado en el mundo, a estilo fatimista, o de lo en Fátima revelado! ¡Lástima que muchos parezcan haberlo olvidado o no haberse enterado debidamente!

Por lo que respecta a Portugal expresamente les asegura que la fe no se eclipsará en sus confines y que allí quiere tener su Capilla, que a su vez había de dar origen al hoy ingente Santuario, llamado ya por muchos, con frase feliz y certera, el Santuario del Mundo. A España no le da desde Fátima tan firme esperanza porque hace ya veinte siglos que se la está dando por medio de su Pilar de Zaragoza, con el que desde la era apostólica triunfa desde su Gibraltar.

Lo que a los españoles nos dice es que la paz mundial depende de la conversión de Rusia y que Rusia se convertirá a condición de que en España se admita y practique su maternal Mensaje y quizás a proporción y medida de esa admisión práctica.

Más aún: que efectivamente lo admitiremos y practicaremos, a buenas o a malas, según nuestras preferencias, pues es absolutamente cierto que Rusia se convertirá.

Al principio tuvo que ser no poco a la fuerza, o por medio del castigo de la guerra civil y de la persecución religiosa. Pero aún hoy se nos advierte que tan gran mal puede caer por segunda vez sobre nuestras espaldas, que la Reina de cielos y tierra necesita y quiere tener firme y seguro su amado Gibraltar.

Lección trascendental para las dos naciones ibéricas. En los brazos de un humilde arbusto quiso ostentarse ante los pastorcitos; en los brazos geográficos de dos naciones pequeñas, pero bien situadas, quiere mostrarse moralmente ante el mundo desde este nuevo bastión geográfico y moral de Europa, Africa y América.

Si atienden mis ruegos, nos dice Ella misma, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no...

Y en el mismo coloquio: *El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá y se concederá al mundo algún tiempo de paz... Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará.* Lo dice aquí sin condiciones.

Así habló la divina Madre en la tercera de sus Apariciones, que actualmente nos ocupa.

Oigamos ahora las palabras de Jacinta: Si los hombres no se enmiendan de sus pecados, Nuestra Señora enviará al mundo un castigo como no se ha visto igual, y antes que a los demás países a España.

Así se expresaba la tierna profetisa anunciando nuestra guerra civil y persecución religiosa, y la segunda guerra mundial que luego estalló.

Pasado ya felizmente para España el azote de Dios, mientras otras naciones estaban soportando el suyo, la celestial Madre se aparece de nuevo a Lucía para hablarle nuevamente de España. He aquí sus palabras textuales tomadas de su carta al Sr. Obispo de Valladolid, de 20 de abril de 1943:

El Señor está contento de lo hecho hasta ahora por el Santo Padre y algunos Obispos, aunque incompleto, según sus deseos. En recompensa promete que la guerra va a terminar pronto y que

Rusia se convertirá, aunque no en breve, a no ser que los Obispos de España, atendiendo los ruegos de Nuestro Señor, emprendiesen una verdadera reforma en el pueblo y en el Clero. Pero si no se hace, Rusia será de nuevo el enemigo con que Dios los castigará una vez más. El Señor se va aplacando, mas se queja amarga y dolorosamente del número limitadísimo de almas que están en gracia, dispuestas siempre al cumplimiento de su santa Ley.

Esta es la penitencia que ahora pide Nuestro Señor: el sacrificio que cada uno debe imponerse a sí mismo para llevar una vida de justicia en la observancia de la divina Ley y en el cumplimiento del propio deber.

Grandes son, pues, los designios de misericordia que Dios tiene sobre nosotros, al par que pequeños y hasta insignificantes los sacrificios que nos exige para obtenerlos: los necesarios para vivir en gracia en el cumplimiento de la divina Ley y del propio deber. Es, pues, de confiar que no le faltarán almas generosas que sobrepasarán la medida de tan necesaria y fundamental exigencia.

Es de creer que las Revelaciones de Fátima, por lo que a España se refieren, son eco lejano, pero claro y certero, de la promesa del Sagrado Corazón de Jesús de reinar en nuestra patria más que en otras muchas latitudes.

Todos los que sepan leer la historia de nuestros mismos días pueden comprobar que la promesa de la Reina del cielo es algo más que meras palabras, o que se va concretando felizmente en hechos y a ritmo acelerado.

¿De dónde sino de Fátima, — de la fama de sus milagros, de las continuas peregrinaciones a aquel Santuario, de las de la Virgen peregrina por todos los pueblos de la Nación, etc.— le ha venido a Portugal su transformación religiosa? ¿Qué diferencia entre el Portugal de hoy y el del tiempo de las Apariciones de María!

Y si durante nuestra guerra civil y la persecución religiosa de España hubiese dominado a Portugal la masonería, como allí campaba y regía a sus anchas en 1917 y desde la caída de la monarquía, si los enemigos de Dios en España hubiesen tenido en 1936 y en los tres años siguientes un fuerte apoyo en la nación hermana ¿hubiera podido triunfar en España la paz religiosa? Dios graduó providencialmente nuestro castigo a medida de nuestra capacidad de sobrellevarlo y superarlo.

Luego también España debe a la Santísima Virgen en su advo-

cación de Fátima la libertad y paz religiosa de que actualmente disfruta.

Hayamos correspondido o no a tan inestimable don, es lo cierto que la blanca paloma de la paz, que en alas de nuestro amor descendiera un día del cielo a Fátima, domina ya felizmente toda la península ibérica; y que este estratégico lugar va resultando de primer orden para sus pacificadores objetivos, para bien nuestro y de otras naciones y, sobre todo, para el de la Iglesia, cuerpo místico de su divino Hijo.

Por fortuna la persecución religiosa sufrida por España, lejos de degenerar en apostasías, como pretendían los que la planearon y ejecutaron, regó y lavó con muy heroica sangre martirial todo el suelo patrio. ¡Feliz castigo del cielo así trocado en bendición!: “Por ti, Rey mío... por ti, mi Reina, la sangre dar”. Así cantando a Cristo Rey y a la celestial Reina volaron al martirio nuestros Mártires de Barbastro y de otras muchas poblaciones españolas, que no fueron pocos. Sólo los Sacerdotes de ambos Cleros, sacrificados exclusivamente por motivos religiosos, a juicio de Antonio Montero en su historia crítica de “La persecución Religiosa en España”, rebasan la cifra de 6.800; y en mucho más, como es natural, la superan los seglares, en esto, como en tantas otras cosas, mucho más numerosos que el Clero. ¿Se podrá haber derramado en vano tanta sangre martirial? Su muerte es indudablemente ante Dios y ante la historia del porvenir el mejor seguro de vida moral y religiosa para nuestra patria y para todo el por nosotros llamado Gibraltar de la Virgen.

¿Comprendes ahora, caro lector, cuán providencialmente puede depender de España y Portugal la salvación del mundo en esta hora crucial de la historia y las gravísimas responsabilidades que podríamos contraer ante Dios y ante los hombres de no secundar cuanto antes, inmediatamente, los designios de la Providencia sobre nosotros, delineados en Fátima y en Tuy y en Pontevedra y estereotipados con la sangre de nuestros Mártires en toda la trayectoria del mapa nacional?

No acertamos a levantar la pluma de este apartado sin hacernos antes una pregunta, que lo que acabamos de expresar ha de hacer salir espontáneamente a flor de labios en nuestros lectores: Si toda la península ibérica había de servir de nuevo Gibraltar a la Santísima Virgen para difundir desde aquí sus bondades por el mundo ¿por qué había de poner precisamente en Fátima, y no en cual-

quier otra localidad de España o Portugal, el pedestal de sus virginales plantas?

Para responder a esta pregunta, a lo que nosotros creemos, hay que atender al mismo nombre de Fátima y más especialmente a la proyección que en las páginas de la historia general de la Iglesia haya podido reflejar en el pasado el humilde villorrio.

Para lo primero cedemos gustosos la pluma a Monseñor Zacarías de Vizcarra, difunto Consiliario General de la Acción Católica Española, para que dé a este respecto a nuestros lectores una bella sugerencia de Apostolado fatimista, que parece muy digna de atención.

Dice así el ilustre Prelado en el número 619 de 'Ecclesia': "Parece también providencial que la Santísima Virgen haya elegido para lugar de sus manifestaciones maravillosas el pueblecito portugués de Fátima, que Ella misma haya sido designada con la advocación de *Virgen de Fátima*. Porque precisamente se llamaba Fátima la hija predilecta de Mahoma; y el número de mujeres musulmanas que llevan el nombre de Fátima es tan grande como el de mujeres cristianas que se honran con el de María.

Por esto no es extraño que al llegar a Egipto la Virgen Peregrina de Fátima la recibieran con tanta reverencia los mismos musulmanes y que cuando Monseñor Rassam anunció su propósito de levantar en honor de María un Santuario en Heliópolis, donde Ella fue huésped en Egipto en momentos difíciles de persecución y destierro (en los albores de la vida terrena del Redentor, odiado de muerte por Herodes), contribuyesen generosamente muchos musulmanes a la construcción del templo cristiano...

¿No sugiere todo esto que la Virgen acaricia el proyecto de penetrar suavemente en el inmenso mundo musulmán para llevar a él su maternal Mensaje y la luz salvadora del Evangelio?"

Haga el cielo que resulten proféticas tan bellas palabras a favor de tantas almas alejadas hoy por hoy del camino de la eterna dicha.

¿No resultaría también a este propósito marcadamente estratégica para este posible Apostolado la parte de Europa más próxima al Africa, en la que nosotros veríamos el Gibraltar de la Virgen?

Pero cedamos nuevamente la palabra a Monseñor de Vizcarra: "Por cierto que, si hemos de dar crédito a lo que dejó escrito en Palma de Mallorca aquel humilde y devotísimo portero de Montesión, San Alonso Rodríguez, España tiene señalado en esta empre-

sa mariana un papel brillante y decisivo.

Iba un día caminando San Alonso junto al mar, poseído de profunda tristeza... De repente se le presentó un espectáculo maravilloso: avanzaba rumbo al Africa una gran escuadra española, acompañada de muchos ángeles y presidida por María Santísima. Y entendió el Santo que llegaría un tiempo en que soldados y Apóstoles de España serían recibidos triunfalmente en Africa y aquellos pueblos abrazarían rápidamente el Evangelio... Algo prepara la Virgen Peregrina junto al Cairo, cruce de caminos de todos los pueblos de cultura árabe. Alguna nueva aurora presagia *la Mujer vestida del Sol* en su Santuario de la *Ciudad del sol*".

Hasta aquí Monseñor Zacarías de Vizcarra.

Por nuestra parte nos complace poder comprobar que los hechos que hoy mismo van trazando a nuestra vista los tramos de nuestra historia, van consolidando cada día más el Gibraltar de la Virgen con amistosos tratados de mutua ayuda y colaboración político-social con las naciones vecinas y hasta con otras que sólo lo son en el común ideario.

Estas corrientes de mutua vecindad no siempre surgen de nuestro suelo. Proviene también frecuentemente de otros climas.

Así el diario parisiense "L'Aurore", velando por su propia seguridad nacional, pero de rechazo también por la nuestra y por la de la vecina nación peninsular, escribía a 4 de octubre de 1961 bajo el epígrafe 'España y los Estados Unidos': "Si los occidentales quieren pertrecharse, debidamente prevenidos, deben ante todo fortalecer y conservar con cuidado extremo la península ibérica, como bastión supremo e imprescindible del viejo mundo".

Hizo Dios que, a pesar de la general y devastadora quema y demolición de templos que la guerra y la persecución religiosa dejaron tras sí, quedaran en pie con sus imágenes todos los Santuarios marianos de mayor y más histórico relieve y hasta no pocos de menor celebridad. Testigos los del Pilar, de Montserrat, de Guadalupe, de la Merced en Barcelona, de las Angustias en Granada, de Covadonga, de Nuria en el Pirineo catalán, etc. etc., aunque algunos se hallaran por tres años en pleno dominio rojo y sobre otros, como sobre el Pilar, cayeran bombas incendiarias y otros artefactos bélicos, que ningún mal supieron hacer al desplomarse a los pies de la Virgen, en clara contienda contra nuestros ideales religiosos y hasta marianos. Eso sí, dejaron allí bien grabada una Cruz, en augurio sellado del triunfo final de la fe a favor de toda España y

del mundo con la Iglesia.

Buen dato para poder manifestarnos que si el mundo sigue confiado los dictados de Fátima, asegurado tiene su porvenir, por negro que de momento pueda presentarse a la vista, que Dios ha puesto su suerte en manos de nuestra celestial Madre, que ciertamente quiere salvarle.

Cierto que Ella nos dice clara y explícitamente que algunas naciones han de ser destruídas y que la historia responde con hechos a estas palabras proféticas de Fátima en Hungría, en Lituania, etc., pero también deja entender que han de resurgir en su día a nueva vida por los caminos o medios de Fátima, que son sendas de amor materno y de verdadera paz, no de esclavitud. ¿No se vislumbra aquí otro de los secretos confiados por Ella misma a sus propias expresiones verbales, debidamente entendidas, o el eco de las palabras con que Ella a todos ofrece su Corazón Inmaculado como asilo de paz y camino seguro hacia la dicha temporal y eterna?

Ya ven, pues, nuestros lectores con cuan bellas perspectivas despierta nuestra memoria y alegra nuestra esperanza el dulce nombre de Fátima.

Y lo bonito es que este lenguaje verbal parece ser simple traducción y nueva confirmación de lo simbólicamente expresado por la historia del lugar de las Apariciones. Vale la pena de recordarlo: ¿Qué era Fátima antes de que la Reina del cielo lo diera a conocer al mundo? Un miembro desgajado de una personalidad jurídica deshecha y oficialmente extinguida. Es de notar que la Diócesis de Leiría, a que Fátima pertenece, fue creada en 1545 por Paulo III, que tres siglos más tarde, en septiembre de 1881, fue suprimida por León XIII, aunque con hondo dolor del Clero y del pueblo, por juzgarla demasiado pequeña e insignificante para poder constituir Obispado aparte, y que por fin a raíz de los acontecimientos de 1917 y probablemente a causa de ellos, o en previsión y aliento de su futuro auge cultural y mariano a escala mundial, *en atención a cierto socorro extraordinario de la Reina del cielo*, como en 1918 se expresaba Benedicto XV en la carta dirigida al Episcopado portugués, fue restablecida de nuevo por este gran Pontífice.

Resulta, pues, que en una antigua Diócesis de secular personalidad jurídica, suprimida más tarde pacíficamente y sin culpa por parte de nadie, pero suprimida al fin, aunque a remolque de la opinión popular, y distribuída en partes proporcionales entre las

Diócesis colindantes de Coimbra y Lisboa, se aparece la Santísima Virgen anunciando desmembraciones y aniquilamientos nacionales y religiosos, seguidos de ulteriores resurgimientos pacíficos, mientras allí mismo, y gracias a su maternal intervención, el deshecho Obispado resurge a nueva y espléndida y hasta internacional y mundial vida de aspecto totalmente mariano, o en albores de triunfo final de su Corazón Inmaculado en el mundo, que también allí vaticina y asegura hasta con milagros.

¿No es esto probar y patentizar con hechos incontrovertibles desde su mundial Santuario, desde el centro moral de su caro Gibraltar, que Ella puede y desea obtener nueva vida propia y autóctona a las personalidades jurídicas, cuya destrucción, pero también cuya rehabilitación, deja ver o entrever, y que realmente les ha de otorgar esta gracia, si en Ella ponen su esperanza?

Más tarde veremos como queda finalmente coronado y finalizado en España todo el conjunto del misterio de Fátima, por medio de las Revelaciones de Pontevedra y Tuy, indudablemente de todas las más importantes.

XIII

PRIMERA INTERVENCION DEL ALCALDE DE VILA NOVA DE OUREM

Al enviar el Señor a los suyos por el mundo les auguró que se encontrarían no pocas veces como corderos entre lobos, pues no ha de ser de mejor condición el discípulo que el Maestro. Si él mismo, nuestro Señor y Maestro, había de ser víctima inmolada en la Cruz al odio del mundo ¿qué mucho que a sus discípulos les haya de tocar frecuentemente la misma suerte?

También los humildes pastorcillos de Fátima tienen asignada en los planes de la Providencia su misión de Apostolado, y muy importante por cierto. ¿Serán, pues, enviados, a semejanza de los primeros heraldos del Evangelio como corderitos entre lobos?

Tanto que difícilmente se hallará otro caso en que se haya cumplido más literalmente que en ellos el divino vaticinio en modalidades de vida infantil parecidas a las suyas.

No poco habían dado que sufrir a los ingenuos zagalillos sus familiares y convecinos. Pero generalmente su oposición y contradicción procedían de buena fe, o en el peor de los casos, de voluntades no del todo pervertidas. Les faltaba apurar el cáliz de la contrariedad en sorbos de más amargura, preparados por la malicia humana refinada y reconcentrada en sus cálculos.

En esta forma se lo ofreció el Sr. Alcalde de la localidad, D. Arturo de Oliveira Santos, masón, inscrito en la logia de Leiría, y fundador de otra logia en Ourem, de la que quedó presidente nato, y que le sirvió de trampolín para escalar la Alcaldía de esta población, en cuya circunscripción municipal se encuentra Fátima, como humilde y lejano caserío.

Su vara de Alcalde luce también insignias judiciales, pues como desde la implantación de la república fue en el distrito el hombre de la situación, recayó también sobre él el cargo de sustituto del juez de la comarca.

Al tener noticia de los acontecimientos de Fátima, creyó que era él el hombre llamado a sofocar toda aquella invasión de misticismo religioso. ¿Qué dirían de él sus correligionarios si su propio distrito se convertía en centro de piedad y rancia mojigatería?

Pasó, pues, orden a Manuel Marto y a Antonio Dos Santos de presentarse en la Alcaldía el sábado, día once de agosto, con sus hijos, a quienes el vulgo atribuía revelaciones ultraterrenas.

Cedamos la palabra al primero de los nombrados, que se gloria-ba de haber accedido en esta ocasión sólo a medias a los deseos y al mando oficial expreso del hombre más temido de la comarca. Dice a este respecto Manuel Marto: "Mi cuñado Antonio había recibido la misma orden que yo de presentarse con la hija en la Alcaldía de Vila Nova de Ourem el día once de agosto, sábado, al mediodía. Padre e hija se presentaron en mi casa muy de mañana. Estaba yo tomando un tentempié, y entra Lucía y me pregunta:

—Jacinta y Francisco ¿no van?

—¿Qué van a hacer unas criaturas de esa edad? ¡Nada! Voy yo y respondo por ellos.

Lucía corrió al cuarto de Jacinta y oímos que ésta le decía:

—Si te matan, diles que yo y Francisco somos como tú y que también queremos morir.

Partimos los tres.

Lucía iba en una burra; por cierto que cayó al suelo tres veces.

Su padre iba muy de prisa por miedo al Alcalde; se adelantaron

y cuando yo llegué allá, lo encontré en la plaza.

—¿Qué?, ¿está todo hecho?

Y él, que estaba muy acalorado, respondió:

—Estaba la puerta cerrada y no había nadie.

Como aún no era mediodía, esperamos un poco. Volvimos a la Alcaldía y nada. Apareció entonces un individuo que nos dijo que la Alcaldía no estaba ya en el mismo sitio. Llegamos por fin a presencia del Alcalde, que nos preguntó:

—¿Y el pequeño?

—¿Qué pequeño?, le dije yo. El no sabía que los niños de las apariciones eran tres, y como me mandó llevar uno, deduje que no sabía cuál era.

—Señor Alcalde, le dije, son tres las leguas las que hay de aquí a nuestro pueblo; los niños no pueden andarlas, y en caballería no van seguros, ni en una burra, por falta de costumbre.

Y aún tenía ganas de decirle otras cosas: ¡Dos niños de aquella edad en un tribunal...! Pero me contuve.

Se molestó, no obstante, y me echó una buena filípica.

Y comenzó a preguntar a Lucía, pretendiendo arrancarle el secreto. Pero ella en este particular, como siempre, ni una palabra.

Sin más, se dirige al padre y le pregunta:

—En Fátima ¿dan ustedes fe a estas cosas?

—No Sr., le contesta; no son más que historias de mujeres.

A continuación la trama conmigo:

—A su disposición. Debo decirle que mis hijos dicen las mismas cosas que yo.

A lo que replicó él molestado:

—Entonces ¿usted está en que es verdad?

—Sí, Sr., doy fe a lo que ellos dicen.

Todos se reían a costa mía. Mas yo por nada me incomodé. Había allá unos que lo escribían todo en los papeles, hasta que por fin nos despacharon en buena hora; pero el Alcalde hasta la salida fue amenazando a Lucía con que la iba a mandar matar si no le manifestaba el secreto.

A la salida me volví al Alcalde:

“Cuando el Señor nos llame para acá, vendremos cuantas veces quiera, pero si nos paga los gastos se lo agradeceremos, porque tenemos que mirarlo todo”.

Así terminó la primera intervención de la primera autoridad municipal en este asunto.

Eran de prever otras de peor sesgo, después de consultar y estudiar con los de su camarilla la declaración ahora recibida, pues las órdenes de la masonería eran claras y precisas: que urgía liquidar inmediatamente el caso de Fátima.

XIV

SEGUNDA INTERVENCION DEL ALCALDE: PREPARANDO LA TRAMA DEFINITIVA

Se acercaba el día de una nueva cita del cielo en Cova de Iría.

El día 12 de agosto de 1917 cayó en domingo. Aprovechándose de la fiesta fueron muchos los que iban llegando de diferentes pueblos y ciudades para acudir al día siguiente al lugar de las Apariciones. Muchos iban a pie, cargados con cestos o alforjas, albergue de humildes provisiones de boca, y con alguna manta, con que poder defenderse de la llovizna o de la intemperie durante la noche, al amparo de cualquier pared o matorral. Otros, caballeros andantes en busca de lo sobrenatural, que empezaba a llevar lejos el nombre de Fátima, montaban humildes cabalgaduras, bicicletas, motos, carros, automóviles..., según las posibilidades personales de cada uno.

Toda aquella abigarrada e inacabable multitud, que iba serpenteando por los senderos y caminos vecinales, se habían fijado de antemano su estación de parada en casa de los niños videntes o en sus alrededores. Querían conocer a los pastorcitos, hablar con ellos y pedirles que presentaran al día siguiente a la Santísima Virgen sus intenciones o peticiones de gracias. Los pobres niños mal iban a grabar en su memoria tantas y tan variadas recomendaciones: curaciones, ascensos, conversiones, trabajo, colocaciones, buena suerte en los negocios..., todo lo que el corazón humano puede desear parecía haberse dado cita ante unos pastorcillos analfabetos, predilectos de la Reina del cielo.

Para María Rosa era aquello el dislate mayor del mundo. ¡Qué insolencia y qué necesidad la de aquella gente en dar fe a las palabras de unos niños ignorantes! Pero sobre todo ¡qué iniquidad la de su hija menor en haberse hecho protagonista de tales embustes!

“Rodeados de aquella gente, escribe Lucía, éramos como una pelota en manos de una niña pequeña. Cada uno tiraba hacia sí de nosotros y hacía su pregunta, sin darnos ni tiempo para contestar”. Hubo un momento en que la pobre niña se vio tentada de aceptar la invitación de una tía suya, residente en Cascaes, que se ofreció a tener a los tres videntes ocultos en su casa hasta que hubiese pasado la excitación popular. Pero habían prometido a Nuestra Señora ir el día siguiente a Cova de Iría, y no podían dejar de acudir a tan dulce cita.

Por la tarde las casas de los Marto y Abóbara estaban completamente rodeadas de un inmenso hormiguero de gente, en su mayoría, desconocida.

Para colmo de la animosidad e irritación de María Rosa, al atardecer se presentaron tres policías de Ourem, citando a Lucía y a sus primitos en la propia casa de estos últimos, donde el Sr. Alcalde les estaba esperando, deseoso de hacerles también algunas preguntas. No dejaron de insinuar a los niños y a sus padres que se fijaran bien en la respuesta, pues podía costarles la vida.

No importa, cuchicheó Jacinta. Si nos matan, tanto mejor, pues entonces veremos siempre a Jesús y a Nuestra Señora.

Allí les esperaba efectivamente el Alcalde masón, decidido a liquidar definitivamente, como fuera, aquel caso excepcional, que muy mal parado le iba dejando ante sus correligionarios.

Para asestar mejor el golpe, que para el día siguiente tenía premeditado, necesitaba tomar sus posiciones y hacer sus preparativos y hasta un pequeño ensayo o escaramuza desde la vigilia. Como astuta araña, que tiende sus redes para apresar su caza, él tendería las suyas, seguro de sorprender con ellas a los incautos pastorcillos, de arrancarles el secreto que decían haber recibido del cielo y, lo que interesaba aún más, la promesa de no volver más a Cova de Iría.

Ignoraba el muy ladino y estaba muy lejos de sospechar que él mismo iba a ser en manos de la Providencia inconsciente predicador y divulgador del misterio de Fátima, que pretendía anular, y que la voz de su inconsciente Apostolado resonaría por todo el mundo. En el tino y habilidad con que los analfabetos zagalos iban a responder a sus artimañas y en la constancia con que, a pesar de las amenazas de muerte, sabrían mantener oculto el secreto, que la Reina del cielo les confiara, podrá ver siempre el mundo que alguna fuerza sobrenatural les infundía valor y hablaba por su boca, lo

que es buena prueba a favor del hecho de Fátima, cuyos albores admiraban y atraían ya entonces a muchas almas.

En el interrogatorio, que entonces mismo tuvo con los tiernos niños, empezó por mandarles categóricamente que no volvieran más a Cova de Iría; tampoco al siguiente día, por más que fuera allá mucha gente.

Pero como ellos contestaran que no podían dejar de obedecer a la Santísima Virgen —respuesta que recuerda la de los Apóstoles cuando dijeron a las autoridades del Sanedrín que debían obedecer a Dios antes que a los hombres—, cambió de tono diciendo que tales asuntos eran de la competencia del Sr. Párroco y que, por consiguiente, necesitaba saber si ellos o sus padres tendrían inconveniente en que les acompañara otro día a la casa rectoral para estudiar juntos el asunto con la autoridad eclesiástica. Como después se vio, necesitaba tener prevenido este detalle, por el cual había de empezar a desarrollar el hilo de sus ardides, en la seguridad de poder actuar con libertad, si lograba sustraer a los niños de la vigilancia y solicitud de sus padres y familiares.

De esta entrevista, al parecer inocente, con la familia Marto sacó él la tajada que de momento le convenía, es decir, palabra de que por parte de la familia no había inconveniente en que el Sr. Párroco tomara cartas en el asunto, aunque fuera ante el Sr. Alcalde, si así querían hacerlo; y se despidió afable a satisfacción de todos, que se alegraron por su alejamiento como habían temido por su entrada en la casa.

XV

TERCERA INTERVENCION DEL ALCALDE: SECUESTRO DE LOS NIÑOS

Alboreaba el día 13 de agosto.

Se lo prometían feliz nuestros pastorcitos. Por eso salieron muy de mañana a apacentar el ganado, con la esperanza de poderlo encerrar pronto de nuevo, para lograr acudir ellos puntualmente a la cita de la bella Señora, que les tenía prometida una nueva visita para aquel día.

Se lo prometía también feliz el Alcalde de la localidad, porque

ya lo tenía todo tramado y ultimado para impedir que pudieran acudir a la ultraterrena cita, en la que él no podía creer, pero que tenía en conmoción a todo el vecindario.

“Por la mañana del lunes, día 13 de agosto, dice el tío Marto, apenas había dado las primeras azadonadas en una piececita poco distante, me vinieron a llamar para que me presentara inmediatamente en casa.

Al entrar vi que había allí mucha gente, pero eso no debía extrañarme. Lo que me extrañó fue ver a mi mujer como abatida y casi sin poder hablar. No me dijo una palabra, pero me hacía gestos indicándome que fuese al vestíbulo.

Allá voy y doy de sopetón con el Alcalde.

—¿Cómo? ¿Usted por acá, Sr. Alcalde, tan de mañana?

—Ya ve, también yo quiero ver el milagro.

Me dio un vuelco el corazón, temiendo no quisiera hacer alguna de las suyas.

—Vamos todos allá, continuó diciendo, yo llevo a los niños en el carricoche... Ver y creer, como Santo Tomás.

Pero él estaba nervioso. Miraba a todas partes y decía:

—¿Los niños? ¿No aparecen?... Se va a hacer tarde. Es mejor ir a llamarlos.

—No hace falta que nadie los avise; ya saben ellos cuando han de volver con el ganado y prepararse para ir a su querida Nava de Iría.

En esto llegaron los tres, con poca diferencia uno tras otro, y él al momento les invitó a ir en su carro; más los pequeños, no fiándose mucho del raro personaje, se empeñaban en ir a pie.

Pero él insistía:

—Es mejor en el carricoche. Así llegamos en un instante, y nadie os molesta por el camino.

—No se incomode, Sr. Alcalde: ellos allá han de ir.

—Pues entonces vayan andando a Fátima, a casa del Sr. Cura, que quiere hacerles allí algunas preguntas.

Allá fuimos todos, el padre de Lucía, yo y los tres niños.

El Alcalde, apenas llegamos a casa del Sr. Cura, gritó:

—¿Que venga la primera!

—¿La primera? ¿Cuál?

—Lucía.

Allá entró la niña. Yo estaba muy afligido presintiendo que algo se tramaba, como al fin así resultó”.

El Párroco estaba esperando en el despacho, al parecer algo molesto, quizás por el sesgo que iban perfilando los acontecimientos de su jurisdicción, en los que veía que estaba tomando parte una autoridad civil, que no podía merecerle ninguna confianza. No obstante, por complacer al Alcalde, se avino a hacer a los pastorcillos el interrogatorio que le pedía.

—¿Quién es, empezó preguntando a Lucía, el que te ha enseñado a decir las cosas que andas diciendo por ahí?

—La Señora que he visto en Cova de Iría.

—El que se dedica a esparcir tales mentiras, que tanto daño hacen, como la que vosotros habéis dicho, será juzgado e irá al infierno, si no se desdice; mayormente trayendo, como traéis, engañada a tanta gente.

—Si quien miente va al infierno, entonces yo no voy al infierno, porque no miento; digo sólo lo que he visto y lo que Nuestra Señora me tiene dicho. En cuanto a la gente que allá va, sólo va porque quiere, que nosotros a nadie llamamos.

—¿Es verdad que aquella Señora os ha confiado un secreto?

—Sí, pero no lo puedo decir. Si Vuestra Reverencia quiere saberlo, se lo pediré a la Señora y, si me da su permiso, se lo digo.

—Eso, interrumpió bruscamente el Alcalde, son cosas sobrenaturales. Vamos adelante, hacia Cova de Iría.

Se levantó y mandó a Lucía que subiera al carro, que esperaba en la entrada de la casa. Allí encontró a los dos más pequeños, a los que hizo también subir con su prima, a pretexto de que así llegarían antes y mejor a Cova de Iría.

“El carro, sigue el Sr. Marto, sin darme yo cuenta, había sido ya colocado al pie de la escalera. Aquello estaba perfectamente preparado, y el Alcalde en un instante consiguió que entrasen en él. A Francisco le pusieron delante, y a las dos niñas detrás. Aquello estaba tan preparado que era un encanto...”

El caballo echó a correr en dirección a Fátima. Pero en un recodo del camino giró en dirección contraria. ¡Estaba bien estudiado!

—Por aquí no se va a Cova de Iría, dijo valientemente Lucía.

—No importa, contesta atento el Alcalde, vamos ahora primero a Ourem, para ver también el Cura de allí, y luego volveremos en automóvil. Para todo habrá tiempo.

Al cabo de una hora u hora y media el valiente anticlerical llegaba triunfante a su casa con el trofeo previsto de los tres niños,

sustraídos maliciosa y arteramente a sus padres del modo dicho, más propio de un criminal vulgar que de la primera autoridad municipal.

Allí les encerró en un cuarto, advirtiéndoles de buenas a primeras que no saldrían de allí sino después de haberle revelado el secreto.

—Si nos matan, decía Jacinta, mejor que mejor; vamos derechos al cielo.

Aquel día, empero, las cosas no se presentaron tan mal como podían temer.

¿Para qué intimidar por entonces más a los pequeños? El astuto Alcalde ya podía apuntarse de momento un buen triunfo en su haber masónico: Ya había impedido a los niños acudir a las doce de aquel día a la llamada cita sobrenatural del valle de Iría. Ya había burlado, se diría triunfante, el fanatismo de miles de personas, que allí estarían preguntando inútilmente por ellos y por la sobrenatural visión de no se sabe qué Señora. Y ¡qué burla también para el Párroco! Ya se le creería en combinación con él para acabar de una vez con tanta superstición y mojigatería. Y si los padres de los niños lo sentían ¿podrían ver que también ellos estaban recibiendo su merecido?

Dejó, pues, por entonces a los pastorcitos al cuidado de su mujer, que les sirvió la comida y les dejó algunos libros para que se entretuvieran con sus grabados.

Pero ¿cómo podían pensar ellos en juegos ni diversiones, viéndose entonces imposibilitados de acudir a la dulce cita de la Reina del cielo, por la que habían suspirado durante todo el mes?

Jacinta empezó a llorar.

—¿Por qué lloras?, le pregunta su hermanito.

Porque vamos a morir aquí sin poder abrazar a nuestros padres. Ya no se acuerdan de nosotros. No vienen a vernos. Yo quisiera ver a mi madre...

—No llores, le contesta el pequeño atleta de la fe; si no podemos ver a nuestros padres ofrezcamos este sacrificio por la conversión de los pecadores. Peor sería si la Virgen no volviese más. Eso es lo que más nos costaría. Pero hasta a esto hemos de estar dispuestos a ofrecer por la conversión de los pecadores.

—Y por el Santo Padre y para reparar las ofensas cometidas contra el Inmaculado Corazón de María, repite animosa la pequeña, enjugando sus lágrimas.

Pero su pensamiento no puede apartarse de Cova de Iría. ¿Qué pasaría entonces mismo allí? ¿Habría bajado de nuevo Nuestra Señora? ¿La podrían ver ellos otra vez?

No lo sabemos, pero confiemos en Ella, decía Lucía. No perdamos la esperanza de volver a verla. Nos quiere tanto...

XVI

CUARTA INTERVENCION DEL ALCALDE: MARTIRIO MORAL DE LOS NIÑOS

El divino Maestro previno repetidas veces a sus Discípulos sobre las persecuciones. Todos ellos habían de sellar a prueba de martirio las verdades de la nueva Religión, que por su medio había de establecerse y propagarse en el mundo.

Sólo San Juan murió de muerte natural. Con todo también él pasó por la pena y la gloria del martirio, pues por odio a la fe, que predicaba, fue sumergido en una caldera de aceite hirviendo, donde naturalmente hubiera perecido, si no hubiese tenido a favor suyo el milagro, que le sacó ileso de tan grave inmersión.

En los siempre admirables planes de la divina Providencia los pastorcitos de Fátima tenían prefijado un tormento moralmente idéntico al del discípulo amado.

No fueron materialmente arrojados en tan duro y fatal instrumento de suplicio. Pero cada uno de ellos tuvo convencimiento y seguridad de que sus dos compañeros ya habían sido ejecutados de este modo y de que él también iba a serlo inmediatamente, por no poder acceder a ninguno de los tres deseos y exigencias del Alcalde, que eran: promesa formal de no volver a Cova de Iría, contra el encargo que habían recibido de la Santísima Virgen; revelación del secreto que les había confiado, y negación de todo lo allí acaecido, diciendo que habían mentido al decir que habían visto a Nuestra Señora. Vale la pena de ver más al detalle un suceso tan bello por parte de los tiernos confesores de la fe.

En el capítulo anterior los hemos dejado encerrados en un aposento de la casa del Sr. Alcalde. Allí tuvieron que permanecer

prisioneros todo el día trece de agosto, con las largas y negras horas de su noche, hasta las diez del siguiente día.

Muy tristes sentimientos habían de embargar por fuerza su espíritu al verse en aquella encerrona, frustrados en sus deseos y esperanza de ver en aquel esperado día a la Santísima Virgen, arrancados con engaño de la compañía de sus padres y hermanos, sin saber si los podrían volver a ver en este mundo.

Nuestra Señora debe de estar muy triste, alegaba Francisco, porque no fuimos a Cova de Iría. ¡Si nos viniera a ver otra vez...! ¡Necesito tanto verla...!

Esta esperanza le reanimaba y le daba valor hasta para consolar a sus compañeras de pena y aflicción, sobre todo a su hermanita, de solos siete años, que una y otra vez rompía en llanto al recuerdo de su madre.

—No llores, Jacinta, le repetía el niño. Ofrezcamos este sacrificio a Jesús por los pobres pecadores. Y levantando los ojos y las manos al cielo hacían su ofrecimiento: Oh, Jesús, es por tu amor y por la conversión de los pecadores.

—Y por el Santo Padre y en reparación de los ultrajes hechos al Inmaculado Corazón de María, repetía siempre animosa la pequeña, enjugando una y otra vez sus lágrimas en su terrible lucha interior entre la naturaleza y la gracia.

Feliz culpa y triste gloria la del Alcalde masón, que con su cerril fanatismo antirreligioso, tan bellos cuadros proporcionó a la hagiografía contemporánea.

Cuando la noche empezaba a extender sus tinieblas sobre el horizonte se abrió inesperadamente la puerta de aquel encierro y entró una vieja.

Los niños se levantaron, creyendo que iba a sacarlos de allí.

Pero no tenía tales intenciones, sino la de arrancarles el secreto, que decían haber recibido del cielo. Creía la infeliz, como creerían igualmente los que la enviaban, que la perspectiva de una noche de encerrona a oscuras y mal sentados en el suelo en aquella especie de cárcel, lejos del cariño de sus padres y hermanos, forzaría a los pequeños a dejar aparte todo escrúpulo y a pasar por encima de cualquier promesa.

Pero le fallaban a la pobre vieja sus cálculos, como le fallaban los suyos a sus amos, que tan pobre misión le confiaron.

En las sombras de la noche y en las claridades del día, en las horas de aflicción y en las de alegría, los valientes pastorcitos

tenían su refugio seguro. Se lo había ofrecido con muy dulces palabras, hacía entonces dos meses, aquella linda Señora de la Cova de Iría al anunciarles que tendrían que sufrir mucho, pero que su Corazón Inmaculado sería su refugio y el camino que los conduciría a Dios.

Frustrados hasta aquí los planes del Alcalde, precisaba acudir a otros más violentos y en su opinión seguramente más decisivos.

Al día siguiente, hacia las diez, él mismo se llevó a los niños al Ayuntamiento para sujetarlos a un interrogatorio y arrancarles el secreto a fuerza de halagos o castigos, según lo que hiciera falta.

En tan singular tribunal él mismo hará de juez, de amigo o de verdugo, según las exigencias del momento.

Pero ni las amenazas, ni las promesas, ni las relucientes monedas que hacía sonar de cuando en cuando sobre la mesa, ni una brillante cadena que les prometió a cambio del codiciado secreto, ni la perspectiva de terribles tormentos, ni la de la muerte, con que les amenazaba, fueron capaces de hacer vacilar el heroico valor de nuestros pequeños, que sólo podían contestar y sólo contestaron con negativas a las exigencias del Alcalde.

Se cumplía al pie de la letra la promesa del Salvador cuando decía a sus Apóstoles y por ellos a todos los que en él habían de creer: cuando seáis llevados a los tribunales no os preocupéis de cómo tengáis que hablar, ni de lo que tengáis que decir. Se os dará en cada caso la respuesta oportuna; que no seréis vosotros los que hablaréis, sino que será el Espíritu Santo el que hablará por vuestros labios.

Oliveira no se resigna a verse vencido por tres chiquillos del arroyo, por lo que necesita hacer nuevos tanteos.

Se los lleva de momento nuevamente a su casa, donde su mujer les ofrece un buen almuerzo, pues por lo visto en aquel hogar, como en el de Pilatos, la mujer estaba sentimentalmente mejor dotada que el marido.

Por la tarde nuevos interrogatorios, igualmente fastidiosos e incapaces de arrancar de labios de ninguno de los tres el codiciado secreto, ni la promesa de no volver a la nava de Iría, ni de confesar haber mentido al asegurar que habían visto a Nuestra Señora.

El Alcalde ardía en cólera. Si algún buen sentimiento quedaba en su corazón y la luz del discernimiento no se había extinguido del todo en su mente, más de una vez se arrepentiría y avergonzaría de haberse metido en aquel berenjenal.

Para salir definitivamente de él con algún decoro, o como fuera, apeló a un medio que había de dejarle muy pequeño y pigmeo en el fallo de la historia y que, por el contrario, había de agrandar hasta el heroísmo ante el mismo inapelable fallo, la figura de los tres pequeños.

Les anunció categóricamente que iba a meterlos en la cárcel y que saldrían de allí muy en breve, o tan pronto como estuviera ardiendo una caldera de aceite, donde serían irremisiblemente echados, si no declaraban el secreto, que decían haber recibido del cielo.

Y en la cárcel, efectivamente, los metió, confundidos con los presos comunes. ¡Oh la libertad y el buen tono de la república anticatólica, que en Villa Nova de Ourem representaba Oliveira Santos! ¡Tres chiquillos de siete a diez años entre presos en la cárcel!

Allí pasaron, *tan peligrosos criminales*, unas dos largas horas con el corazón alanceado por la perspectiva de una muerte cruel y muy próxima.

Claro está que tan negro porvenir había de atemorizar a los tiernos niños. Las lágrimas fluían a sus ojos al compás de los latidos que en el corazón y en el pulso provocaban el miedo y la certeza de tan próximo y fatal desenlace, lejos de sus padres y familiares. La niña más pequeña era naturalmente, la más sensible a la dura prueba.

—¿Por qué lloras?, le preguntó su prima.

—Porque vamos a morir sin poder ver a nuestros padres. Ni los tuyos, ni los míos han venido a vernos. ¡Nunca se habían portado así! ¡Yo quisiera por lo menos ver a mi madre antes de morir!

—Pero, Jacinta, le repetía su hermanito, ¿no quieres ofrecer este sacrificio por la conversión de los pecadores?

—Sí, y por el Santo Padre, y por reparar las ofensas hechas contra el Señor y el Inmaculado Corazón de María, repetían los tres juntando sus manecitas y levantando sus ojos al cielo.

Suele decirse que lo cortés no quita lo valiente. En nuestro caso vemos que las lágrimas y el temor pueden armonizarse muy bien con el valor. Las primeras eran fruto de su propia cosecha, o de su tierno y sensible corazón. El valor, en cambio, tenía su origen en aquel otro Corazón, que les ofreciera por refugio aquella Señora, a quien tuvieron la suerte de ver antes en Cova de Iría.

Tan raro espectáculo conmovió a los mismos presos. Varios de

ellos rodearon a los niños para consolarlos y hacerles desistir de contrariar la voluntad del Alcalde.

Decid al Alcalde lo que él quiera, les decían. ¿Qué importa contrariar la voluntad de aquella Señora que os ha confiado sus secretos?

—Eso no, contestó decidida Jacinta, y con ella los otros dos; antes morir como sea.

Todos los otros presos comunes manifestaron en esta ocasión mejores sentimientos que la primera autoridad del pueblo. Todos se esforzaron a su modo por consolar a los pastorcitos y en hacerles olvidar su pena. Uno de ellos empezó a tocar un acordeón, que allí tenía, otros a bailar y cantar. Jacinta en su inocencia aceptó pronto la invitación de uno para bailar con él. Pero era tan desproporcionada la pareja que a los pocos pasos era sólo el preso el que saltaba con la chiquilla en brazos. ¡Cuán alegremente esperaba ésta la muerte, a pesar del natural sentimiento de perder la vida lejos de sus padres!

Mas la pobre niña no podía olvidar a la bella Señora que había tenido la suerte de ver por tres veces en Cova de Iría y que desgraciadamente no pudo volver a contemplar el día anterior. Pronto se cansó de tan singular juego y rogó a su compañero que la pusiera en tierra y le entregó una medalla pidiéndole que la colgara de un clavo que vió en la pared, porque quería rezar el Rosario.

Se arrodilló en seguida con su hermanito y su prima ante tan peregrino altar y empezaron los tres a rezar el Rosario.

Como movidos por un común resorte, también los presos cayeron de rodillas y quisieron acompañar a los niños en el rezo de tan popular y devota oración, que haría quizás muchos años no había aflorado en sus labios.

Como uno lo hiciera con el sombrero puesto, Francisco le pidió que se lo quitara, como así realmente lo hizo.

¡Cuán grato debió de ser a la Reina del cielo aquel Rosario, salido de una cárcel, convertida momentáneamente en templo, gracias a sus tiernos videntes, y ofrecido por ellos por la conversión de los pecadores, que tan cerca tenían!

Lucía dice del que bailó con Jacinta que era un pobre ladrón, de quien más tarde se compadeció Nuestra Señora, concediéndole la gracia de la conversión.

Mientras estaban ocupados en tan santa tarea se oyó un fuerte cerrojazo en la puerta, que naturalmente arrancararía de aquellos

tiernos corazones infantiles pulsaciones de la muerte, que veían muy próxima.

Entre un guardia y secamente les manda seguirle.

Como tres corderitos en el camino del matadero, siguen al enviado del Alcalde, hacia el Ayuntamiento, donde nuevamente han de ser atormentados con preguntas y amenazas de muerte.

Arturo Oliveira Santos ha de poner ahora en juego sus últimas pruebas para arrancar del corazón de los tiernos niños el codiciado secreto, juntamente con la promesa de no volver más al valle de Iría y la mentira de decir que han mentido al asegurar haber visto a Nuestra Señora.

Hace comparecer primero ante sí a los tres juntos y delante de ellos da orden a un empleado del Ayuntamiento de que llene inmediatamente una gran caldera de aceite, lo haga hervir y eche inmediatamente dentro a los tres por impostores y por no querer obedecer las órdenes de la autoridad.

Entre tanto, en espera de la ebullición del aceite, los manda encerrar en un cuarto oscuro contiguo.

Aquí caen los tres de rodillas redoblando sus ya conocidos ruegos: Es, oh Jesús, por vuestro amor, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y por reparar las ofensas inferidas al Inmaculado Corazón de María.

Luego son llamados otra vez uno a uno ante el Alcalde.

Primeramente fue llamada la más pequeña de las niñas, Jacinta, en cuyos pocos años podía cifrar más esperanzas de éxito la astucia del verdugo. Pero ella corrió tan aprisa al supuesto seguro suplicio, que ni se acordó de despedirse de su hermano y de su prima.

—El aceite ya está hirviendo, le dice el Alcalde. Dí el secreto. De lo contrario ahora mismo...

La niña tiembla, pero calla.

Da el Alcalde una voz de mando, y se abre una puerta, por donde aparece un guardia, increíblemente feo, de ojos bizcos, bien seleccionado para el papel que iba a desempeñar.

Luego entre él y el Alcalde se desarrolló este diálogo:

—¿Está el aceite caliente?

—Sí, Sr. Alcalde.

—¿Hirviendo?

—Sí, señor.

—Coge a esta niña y échala dentro.

En el contiguo cuarto oscuro quedaban los otros dos, pero con la puerta abierta, de modo que pudieron ser testigos del castigo de la *delincuente*.

El guardia, bien instruído en su papel, coge a la chiquilla y se la lleva a otro cuarto oscuro.

Lucía y Francisco veían que la cosa iba de veras y que tocaba ya a su fin, también para ellos. El niño rezó el Avemaría para que su hermana tuviera valor para preferir la muerte a la revelación del secreto. Lucía redoblaba también sus oraciones en presencia del cruel y fatal suplicio.

El guardia feo sale del cuarto, donde ha dejado a Jacinta y va decidido en busca de los otros.

—La pequeña ya está frita, les dice con aparente satisfacción. Ahora toca el turno a otro. Y sin más se lleva a Francisco.

—¿Dices el secreto?

—No, antes la muerte.

—Pues, a la caldera, con tu hermana.

Y se lo lleva al mismo cuarto oscuro, donde encuentra realmente a Jacinta.

—Ahora te toca a ti, dice imperioso a Lucía. ¿Revelas el secreto?

—De ningún modo; prefiero la muerte.

—Muy bien, morirás como los otros dos.

Y se la lleva a la misma habitación, donde se encuentran los tres indemnes y alegres, por ver convertido en farsa lo que momentos antes era para los tres verdadera y fatal tragedia.

Caen luego los tres de rodillas para agradecer a la Santísima Virgen su protección, el valor de ella recibido para no revelar el secreto y el feliz éxito de aquella trama, que contra ellos se había urdido.

A Oliveira le repugnaba admitir que tres chiquillos habían frustrado su propósito, planeado con tantas pruebas y detalles. Por eso los mantuvo en la misma habitación oscura todo el resto de aquel día y su noche.

Al día siguiente, fiesta de la Asunción, nuevos interrogatorios y nuevas amenazas de muerte, hasta que, no viendo más remedio que dar el asunto por perdido, metió a los tres en su carricoche, para volverlos a casa del Párroco, donde dos días antes los había raptado, en la seguridad de que de allí ya sabrían volar ellos a sus hogares, sin compromiso personal suyo, como pájaros que tienden

el vuelo al abrirse la jaula que los aprisionaba.

Buen día el de la Asunción de la Santísima Virgen para celebrar su triunfo, que ante Dios y la divina Madre podía resultar mucho mayor de lo que ellos mismos podían suponer, Permítase-nos poner aquí, a este propósito, unas palabras de San Juan de la Cruz, escritas para posibles casos semejantes o idénticos al que nos ocupa:

“Está un alma con grandes deseos de ser mártir; y acaecerá que Dios le responda: tú serás mártir, y le dará interiormente gran consuelo y confianza en que lo ha de ser, y con todo, acaecerá que no muera mártir, y será, no obstante, la promesa verdadera. Pues ¿Cómo cumple así? Porque se cumplirá según lo principal y esencial de ella, que será dándole el amor y premio de mártir esencialmente... y así da verdaderamente al alma lo que ella deseaba, y lo que él le prometió; porque lo principal del deseo era, no aquella manera de muerte, sino hacer a Dios aquel servicio de mártir y ejercitar el amor por él como mártir; porque aquella manera de morir por sí nada vale sin la amistad de Dios; el cual amor y ejercicio y premio de mártir lo da por otros medios muy perfectamente”. Subida al Monte Carmelo, libro II, capítulo XIX.

Disputen los técnicos, teólogos y sicólogos, si es o no posible a los niños de pocos años practicar la virtud en grado heroico, si ésta supone o no necesariamente la madurez, reflexión y prudencia del adulto.

¿No parece, en todo caso, que la Santísima Virgen ha querido ofrecer hoy al mundo en los pastorcitos de Fátima un ramillete de tres flores de belleza moral difícilmente superable por niños y por adultos?

De sus virginales labios tuvieron ellos la suerte de recibir una especie de cursillo intensivo de Ascética práctica.

Después del cursillo ha venido el examen, providencialmente público y dirigido por muy rígido y exigente juez.

¿Pudo haber resultado mejor y más brillante el éxito de los que tuvieron la suerte de hacer su aprendizaje en la escuela de María?

SOBRENATURAL SINCRONISMO MARTIRIAL ENTRE PIO XII Y LOS PASTORCITOS DE FATIMA

Se refiere del Papa de inmortal memoria Pío XII que, siendo un día aclamado por un grupo de peregrinos con el nombre de "Papa de Fátima", contestó: "es verdad, lo soy".

Efectivamente, su vocación fatimista se desarrolla paralela a la de los videntes de Aljustrel, por distanciadas que en lo demás se hallen entre sí la del Pontífice y la de los pastorcillos.

La Santísima Virgen se quiere servir de éstos, especialmente de Lucía, para establecer en el mundo la devoción a su Inmaculado Corazón.

Y ¿no ha servido también, y en mucho mayor e incomparablemente mejor escala, del magisterio de Pío XII para el mismo Apostolado salvador de nuestros días?

Para poner a los tiernos niños en vías de realizar tan trascendental misión, se les aparece por primera vez el 13 de mayo de 1917, en el mismo día y hora en que Eugenio Paccelli, el futuro Papa de Fátima, recibía la consagración episcopal.

La divina Madre predice a sus humildes videntes que para cumplir su providencial cometido tendrán que sufrir mucho, pero que no se desalienten, que su Corazón Materno será su refugio y el camino que los conducirá a Dios, al mismo tiempo que les pide oraciones y sacrificios por el Santo Padre, que también él para llenar su misión tendrá que sufrir no poco de parte de los pecadores.

¿No se ha dicho en Fátima que varias naciones han de ser destruidas?

Por de pronto, una de las más amenazadas de tan fatal desastre es Alemania, a causa de la aplastante derrota, en que para ella iba a terminar la primera guerra mundial.

Allí precisamente empezaba a desenvolverse la vida diplomático-episcopal de Eugenio Paccelli, el futuro Sumo Pontífice, nombrado entonces Nuncio Apostólico de Baviera con sede en Munich.

Al fin de la campaña bélica, de los escombros de la catástrofe alemana surgió también triunfante en Baviera, como era de presumir, la revolución, aunque allí con el nombre de espartaquista.

El gobierno huyó a Bamberg.

Los diplomáticos extranjeros, los grandes industriales y comerciantes, todos los que tenían en algo su vida y tuvieron medios de huir, los aprovecharon.

Munich quedó a merced del pillaje, del incendio. Los que no pudieron huir y quisieron resistir, vendieron caras sus vidas, atrincherados en las casas o en las barricadas de las calles.

Sólo hubo un diplomático, que permaneció sereno en su lugar, haciéndose cargo de que no ha de huir el Pastor cuando es asaltado el redil. Fue el Nuncio Apostólico, que continuó en su Casa de la calle Brienner, una de las más céntricas de la ciudad, que en los planes de la Providencia, a lo que creemos, había de servirle de pretorio de su martirio moral.

Rehagamos mentalmente los hechos con los que la historia pone de relieve hoy día su heroísmo martirial. Unos dependen directamente de su voluntad; otros le vienen impuestos por las secuelas y circunstancias de tan gran derrota.

Un día preguntaba a su secretario particular, mientras resonaba en la calle el tableteo de las ametralladoras y el estampido del cañón, si se podía llegar hasta una calle de un barrio extremo, desde donde le pedían auxilio.

Dando un gran rodeo y exponiéndose mucho, contesta el interpelado, quizás sí.

Pocos minutos después el Nuncio y su secretario partían hacia la humilde calle para repartir víveres entre los necesitados.

Al regresar de la arriesgada salida, la cocinera se lamenta ante ellos de que durante la misma le han desaparecido unos sacos de arroz.

—Y lo peor es, añade por su cuenta el secretario, que el ladrón quizás esté mucha más cerca de lo que te piensas.

—Es que hemos hallado muchas familias que padecen hambre, añade por su parte el Nuncio y es necesario socorrerlas en lo que se pueda.

Otro día llamadas violentas forzaban la puerta de la Nunciatura.

Al abrir el portero, irrumpen en el interior con revólveres y puñales en las manos siete hombres armados.

—¿Dónde está el Nuncio?, preguntan por todo saludo.

El portero no tiene tiempo de responder. El mismo Paccelli se presenta y les dice: Aquí estoy; ¿qué queréis?

—Tu dinero y tu automóvil.

—Mi dinero es de los pobres. Mi automóvil está al servicio del pueblo. No lo puedo entregar.

El jefe de la cuadrilla, Stern, encañona su revólver contra el Nuncio. Los otros seis hacen lo mismo, mientras gritan: tenemos prisa; el dinero o tu vida.

El secretario particular, que ha oído el peligroso diálogo, acude presuroso al teléfono:

—¿Embajada italiana?

—Sí, señor.

—¿Está el Barón de Luca?

—Al habla.

—Hombres armados han penetrado en la Nunciatura. Estamos en gravísimo e inminente peligro.

Mientras tanto Paccelli sigue jugando con la muerte, y pregunta a sus peligrosos visitantes:

—¿Quién os ha dado órdenes?

—Eldhoffer y Fritz Seidl.

—¿Los que apresaron a la Condesa de Westarp y al Príncipe Gustavo?

—Sí, ayer los fusilaron con otros once. Prepárate a sufrir la misma suerte, si no cedés.

El Nuncio extiende sus brazos, convencido de que no había para él en aquel trance otra salida que la de la muerte, mientras dice a sus verdugos: No puedo ceder una pulgada; no puedo permitir que el dinero de los pobres se malgaste contra el mismo pueblo.

En estas aparece, rápido y nervioso el Barón de Luca, espada en mano, amenazando con fuerzas italianas que dice tiene apostadas en el Tirol.

Los invasores, ante el temor de compromisos extranjeros, bajan las armas.

—Está bien, dice Stern. Pero Eldhoffer ordenará lo que sea.

Y Eldhoffer ordenó el asalto de la Nunciatura, que efectivamente empezó a verificarse al día siguiente por un grupo de ametralladoras, estando dentro el Nuncio y sus familiares.

Pero el valiente Barón de Luca se presentó otra vez con decisión diciendo: Eldhoffer, como Embajador del rey de Italia, protesto contra los vejámenes que se están cometiendo contra Paccelli, súbdito italiano. Si esto no cesa inmediatamente, no respondo de lo que pueda ocurrir.

Las ametralladoras se fueron callando y retirando unas tras otras, obedientes a remolque de la voz de Eldhoffer, temeroso de comprometerse con el Embajador italiano y sus gentes.

Pasaron unos meses.

La revolución bávara había fracasado, ahogada en su propia sangre. Precisamente por aquellos días, gracias a la iniciativa de los Párrocos de Berlín, estaba en estudio el plan de peregrinación de una imagen de la Virgen de Fátima por Alemania y otras naciones. ¿Podía permitir Ella que triunfara allí el mal?

El nuncio seguía salvo y sano en su puesto, prodigando sus favores a los necesitados.

Un día, mejor, una noche, llamó a su puerta Stern, el jefe de los bandoleros, que le querían robar y que le habían puesto en inminente trance de muerte.

—Monseñor, ¿podría ayudarme por Dios, por lo que más quiera? Estoy perseguido de muerte. Necesito huir ahora mismo al extranjero.

Toma ese dinero, le dice el Nuncio, alargándole unos billetes. Me lo querían quitar. Pero no se lo dí; ya ves que lo necesitaba para los pobres, para los que sufren, para los que necesitan ponerse a salvo huyendo...

Con actos tan heroicos iba disponiendo la divina Providencia el corazón del que desde las alturas del Vaticano había de consolidar en el mundo la devoción al Inmaculado Corazón de María, al mismo tiempo que con otros más caseros, pero igualmente providenciales y heroicos, iba disponiendo el alma de los pastorcitos de Aljustrel para la misma celestial misión en esferas más humildes.

Interprete el lector estos hechos como mejor le parezca. A nosotros nos parece muy providencial y admirable el sincronismo moral y martirial entre el trance de muerte del Nuncio y el de los pastorcitos. Mientras éstos superan felizmente el suyo en la cárcel y en la alcaldía de Fátima, convencidos de que van a morir martirizados de un momento a otro, el futuro Papa del Corazón de María pasa por el suyo, con la misma certeza y heroicidad y en peores peligros de muerte inminente. ¡Rara coincidencia! Mejor dicho: muy natural y explicable, si no olvidamos que el Nuncio y los pastorcitos tenían a la misma Maestra de santidad, que la Reina del cielo al anunciar a sus pastorcitos que tendrían que sufrir mucho, también les había dado palabra de que su Corazón Inmaculado sería su refugio y el camino que los conduciría a Dios, al mismo

tiempo que les había pedido oraciones y sacrificios por el Santo Padre, porque también él tendría que pasar por su calle de amargura para hacerse digno de tan alta misión que el cielo le tenía confiada.

Los protagonistas de Fátima habían de seguir su respectivo curso por caminos muy diferentes, pero en parte también análogos y paralelos.

De los primeros mártires decía Tertuliano que su sangre era semilla de cristianos. El martirio cruento y el incruento de los de hoy, que del uno y del otro hay buenos ejemplares, parecen ser fuente, no sólo de nuevos heraldos del Evangelio, sino también de paz y armonía en el orden social.

He aquí en qué ha parado en nuestros días la virulencia antirreligiosa y antisocial del socialismo alemán de antaño en su tramo libre u occidental, a juicio del representante de "El Correo Catalán" en Bonn. "Los socialistas, enterraron en Bad Godesberg las banderas rojas. Lo esencial de su programa actual, aprobado en otoño de 1959, es que con él deja de levantar la bandera de la lucha de clases y patrocina el respeto a la propiedad privada, de forma que el Estado sólo se convierta en propietario cuando ello sea indispensable para el bien común, sin que trate jamás de cortar alas a la iniciativa individual y a la de las asociaciones mercantiles... Las viejas luchas de clases, alentadas por el socialismo alemán durante décadas, dejaron de tener sentido cuando la riqueza económica fue tanta y se distribuyó de tal manera que desapareció el proletariado... El alemán pobre tiene siempre trabajo bien pagado a su disposición... En el terreno espiritual se ha despojado del anticlericalismo —casi anticrianismo— que le caracterizó antaño...". Así se expresa el representante en Bonn del importante diario catalán en abril de 1965,

Buena prueba histórica de que el socialismo, despojado de sus incrustaciones erróneas y extrasociales, coincide no poco, consciente o inconscientemente, con la doctrina social católica, y que por ende nada tiene de utópica nuestra esperanza en la conversión de Rusia.

Por su retorno a Dios ofreció generosamente Pío XII su vida en martirio moral o incruento aunque en inminente trance de muerte. Juan XXIII le abrió confiadamente las puertas del Concilio Vaticano II, a título de observador y de periodista; y Pablo VI le invita al diálogo y señala a los católicos en "Ecclesiam Suam" los caminos

por donde se puede llegar a dialogar con él, a pesar del ateísmo y materialismo de muchos de sus adeptos. “Los vemos invadidos, dice el Papa, por el ansia, llena de pasión y de utopía, pero frecuentemente también generosa, de un sueño de justicia y de progreso, en busca de objetivos sociales, que sustituyen en su mente al ser absoluto y necesario...; los vemos también, a veces, movidos por nobles sentimientos, asqueados de la mediocridad y del egoísmo de tantos ambientes contemporáneos...; los vemos valerse más de una vez, con ingenuo entusiasmo, de un recurso riguroso a la racionalidad humana, con el propósito de ofrecer una concepción científica del universo: recurso tanto menos discutible cuanto más se funda en los caminos lógicos del pensamiento, que no se diversifican generalmente de los de nuestra escuela clásica”...

Esas sucesivas y reiteradamente atractivas actitudes del Pontificado a favor de las víctimas del marxismo ¿qué son sino voces, cada vez más esperanzadas del Buen Pastor en amorosa llamada a ovejas extraviadas, quizás no lejos del redil?

XVIII

SOBRENATURAL SINCRONISMO CORDIMARIANO ENTRE PIO XII Y LOS PASTORCITOS DE FATIMA

Las palabras proferidas por la Santísima Virgen en la segunda y en la tercera de sus Apariciones de la Cova de Iría, sobre el culto y veneración a su Inmaculado Corazón dejan entrever que tan dulce devoción se había de extender y consolidar rápidamente en el Mundo. Dice que ha de volver pronto del cielo para llevarse consigo a Jacinta y a Francisco. Tú, empero, añade particularmente a Lucía, debes permanecer más tiempo en la tierra, porque mi Hijo quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el Mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón.

Luego la devoción, siquiera relativamente mundial o universal, al Corazón Inmaculado ha de ser un hecho en la vida de Lucía. Así en la 2.^a Aparición.

En la 3.^a dejó traslucir con más claridad este risueño y acelerado porvenir. Después de profetizar persecuciones contra la Iglesia y el Santo Padre, que han de tener su foco principal en Rusia,

añade que para impedir las vendrá a pedir la consagración de Rusia a su Corazón materno y la Comunión reparadora de los primeros Sábados y asegura que el Sumo Pontífice efectivamente le consagrará Rusia, que en consecuencia se convertirá y que esta conversión tendrá a su vez por corolario un período de paz en el mundo.

¿Cómo el Santo Padre podrá consagrar de modo digno toda una gran nación al Corazón inmaculado, si la devoción al mismo no se siente, ni se vive por el pueblo fiel? El gesto apostólico de Pío XII, consagrandó en nuestros días la nación rusa y el Mundo entero al Corazón de María, ¿hubiera hallado tan feliz eco en las almas como el que hoy ha gratamente impresionado a muchas, si en 1917, cuando tan tierna devoción era mucho menos conocida y practicada, lo hubiese verificado Benedicto XV? Hoy, en cambio, su sucesor puede exhortar a todas las almas a aumentar de quilates su amor y devoción al Corazón de Jesús por medio de la del Corazón Inmaculado de su Madre: “A fin de que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos en la familia cristiana y aún en toda la humanidad, procuren los fieles unir estrechamente a ella la devoción al Corazón Purísimo de la Madre de Dios... Nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales fueron asociados íntimamente el amor y los dolores de su Madre. Por eso conviene que el pueblo cristiano, que de Jesucristo por medio de María ha recibido la vida divina... rinda también al amantísimo Corazón de María los correspondientes obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación”. Carta encíclica *Haurietis aquas*. 1956.

El, que se gloriaba del título de Papa de Fátima, considerándose instrumento providencial para cumplir los deseos de la celestial Señora, se aprestó a ejecutarlos, particularmente en lo relativo a la devoción a su Corazón Inmaculado.

No era cosa fácil. Era necesario consolidar en el mundo la devoción cordimariana, preservándola de antemano de los errores y celos que contra ella pudieran suscitar los que la creyeran una nueva forma de piedad, quizás contraria, a lo que ellos pudieran temer, a sus tradiciones nacionales o regionales, declarar bien a las claras su objeto y su contenido dogmático, y hallarle apóstoles que la difundieran y propagaran por el Mundo.

Hay que reconocer que la misma celestial Madre le preparó no poco los caminos por medio de sus tiernos videntes, ya que en los

días del Pontificado de Pío XII la historia de los pastorcitos era universalmente conocida y admirada; y por el de sus imágenes, pues el paso triunfal de la Virgen Peregrina por pueblos y naciones iba difundiendo y caldeando cada vez más el ambiente a favor de tan dulce y atractivo imán, gradualmente presentado antes por Ella en la nava de Iría.

¿Cómo llenó el Papa su cometido en este asunto?

Procedamos por partes.

1º ¿Cuál es en la mente y en las palabras del Vicario de Cristo el contenido dogmático de esta, para muchos, nueva forma de piedad mariana?

En las palabras Corazón de María, Corazón de Jesús, nadie piensa incluir sólo el Corazón material del Señor o de su Inmaculada Madre. Las referimos a toda la persona: "*A Vos, dice el Pontífice al consagrarle el Mundo, a vuestro Corazón Inmaculado, Reina y Madre nuestra...* Pero a la persona en lo que tiene de más tierno y atractivo, es decir, su gracia y santidad, su amor a Dios y al hombre: *Para que vuestro amor y patrocinio, prosigue el Pontífice, acelere el triunfo del Reino de Dios.* Así consagró el Papa el mundo al Corazón de María.

Por esto al establecer su fiesta en la anual órbita litúrgica y fijarle por día propio la entonces octava de la Asunción, 22 de agosto, observa que en todo el calendario este es el día que más le acomoda, por razón de que en el Corazón de María veneramos aquel cúmulo sin medida de gracia y santidad, de amor a Dios y al género humano, por el cual la vemos ensalzada y coronada de gloria en su Asunción al cielo en cuerpo y alma.

2º El culto al Corazón de María ¿puede resultar en detrimento del tributado a la divina Madre en algunas otras de sus advocaciones?

De ningún modo. El verdadero devoto del Corazón de María la reconoce y celebra en todos sus títulos, santuarios e imágenes, como por el contrario, el amor de buena ley en cualquiera de sus advocaciones ve en la misma gracia y amor de su Corazón de Madre. El Santo Padre, al consagrar el mundo a su Corazón Purísimo, la llama repetidas veces con los nombres de Reina del Rosario, Reina del mundo, etc.

La misma celestial Señora se ha llamado a sí misma Virgen del Rosario al presentarse ante sus videntes con los emblemas del Corazón y del Rosario sobre su persona; y en la última Aparición

de Cova de Iría, ostentará las imágenes de la Sda. Familia, de los Dolores y del Carmen coronando al Sol de su Inmaculado Corazón sin detrimento de ninguna de esas advocaciones, antes realizándose unas a otras.

Nos haríamos interminables aduciendo testimonios de Pío XII a este respecto. Pero no podemos pasar en silencio uno especialmente grato a los españoles.

El día 12 de octubre de 1954 nuestra nación, por boca del Jefe de Estado, Generalísimo Franco, se consagró al Inmaculado Corazón de María en Zaragoza, a los pies de la Virgen del Pilar, por ser esta la advocación mariana más española y la que, a través de toda nuestra historia, mejor nos manifiesta el amor del Corazón de la celestial Madre a todos los españoles.

Pues bien, el Vicario de Cristo en la tierra quiso estar también presente en lo posible a tan solemne acto, y en él dejó oír su voz de Padre por medio de las ondas de la radio, para consagrar también a su vez nuestra patria al Corazón Inmaculado ante la secular imagen del Pilar. He aquí sus palabras textuales: *Ante vuestro trono, oh Madre Santísima del Pilar, diremos parafraseando las palabras pronunciadas por Nos mismo en otra ocasión solemnísimá, nos como Padre común de la familia cristiana, como Vicario de Aquel a quien fue dado todo poder en el cielo y en la tierra, a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado confiamos, entregamos y consagramos, no sólo esa inmensa multitud ahí presente, sino también toda la nación española, para que vuestro amor y patrocinio acelere la hora del triunfo en todo el mundo del reino de Dios.*

Tenemos, pues, que en la mente del Papa y de la sana Teología la devoción del Corazón de María no es una advocación más en la Iglesia, sino un mejor conocimiento y un más entrañable amor de nuestra Madre, lo que proporcionalmente cabe decir también de la del Sagrado Corazón de Jesús.

3º Y ¿quiénes serán en la mente del Papa los Apóstoles del Corazón de María?

Se da exacta cuenta de que en esto a él le corresponde el primer puesto. Pero expresa en muchas ocasiones sus ardientes deseos de que, a imitación suya, los Obispos, los Párrocos, los Directores de Colegios y Universidades, los padres de familia... todos los que en una forma u otra tengan alguna responsabilidad en el mando, convirtiéndose en heraldos del Corazón Virginal, le consagren sus Diócesis, Parroquias, Colegios, Provincias, Municipi-

pios, empresas, familias, etc., y que todos los que en el Apostolado jerárquico o seglar se sientan Apóstoles de Cristo lo sean también del Corazón Inmaculado de su Madre.

Se diría que iba buscando de propósito ocasiones y coyunturas para recordar a todos el hecho de la consagración del mundo al Inmaculado Corazón, en anhelos y esperanza de ser imitado por otros muchos en sus respectivos centros de acción o de responsabilidad.

Así el 15 de abril de 1943, en carta dirigida al Cardenal Maglione, pidiéndole la dedicación del siguiente mes de mayo a la Santísima Virgen para impetrar de su Corazón de Madre el don de la paz mundial, dice: "En el pasado mes de octubre Nos hemos ofrecido, confiado y consagrado al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen la Santa Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo, llagado con tantas heridas y, al mismo tiempo, todo el mundo, que, encendido en odios y exacerbado por la contienda, está pagando sus propias iniquidades"... "Y hemos sabido con sumo consuelo de nuestro corazón paterno que ese mismo acto devoto ha sido repetido casi en todas partes por los Obispos, por los sagrados Ministros y por las muchedumbres del pueblo cristiano. Pero ¡si casi todos los cristianos se han consagrado espontáneamente al Corazón Inmaculado de la Virgen María!...

Corona su admirable encíclica sobre el Cuerpo Místico, fechada en junio de 1943, con estas bellas palabras de uno de sus últimos párrafos: "Ella, pues, Madre Santísima de todos los miembros de Cristo, a cuyo Corazón Inmaculado hemos consagrado confiadamente todo el mundo"...

En la constitución apostólica en que declara dogma de fe la Asunción de María Santísima en Cuerpo y Alma al cielo, que debe recordar a los fieles que hasta el Corazón de carne de la Madre de Dios late y latirá eternamente a impulsos de nuestro amor, se complace en repetir: "Nos, que hemos confiado nuestro Pontificado al peculiar patrocinio de la Santísima Virgen... Nos, que con solemnidad y público rito, consagramos el universal género humano a su Inmaculado Corazón"...

En contestación general a incontables fieles de todas partes que le pedían la consagración especial de Rusia al Inmaculado Corazón, decía: "Tal súplica Nos ha sido sumamente grata, ya que, si bien nuestro afecto paternal se dirige a todos los pueblos, abraza de modo particular a los que sufren por su fe... y para darle una

prueba especial de nuestra particular benevolencia, como hace pocos años consagramos todo el mundo al Corazón de la Virgen Madre de Dios, así ahora, de manera especialísima consagramos todos los pueblos de Rusia al mismo Inmaculado Corazón”.

Hasta quiso que se acuñara una medalla especial (1943), en que se le representara consagrando el mundo al Corazón Inmaculado de la Reina del cielo.

La devoción verdadera a la Madre del amor hermoso reclama ante todo la consagración. De aquí sus insistentes recomendaciones a la entrega completa y confiada al Corazón de la celestial Madre: “Deseamos que, según lo permita la oportunidad, se haga esta consagración pública y privadamente. Será fuente de abundantes beneficios y favores celestiales. Enc. *Auspicia quaedam*, de 1 de mayo de 1948.

Con ocasión del Congreso Internacional de la J.O.C., celebrado en Roma en 1950, decía a sus jóvenes obreros dirigentes: “En un gesto de filial piedad, del que Nos hemos particularmente regocijado, habéis querido inaugurar este Congreso con la consagración del Jocismo internacional y de la juventud obrera al Inmaculado Corazón de María. ¿Cómo podríamos dudar de los frutos de gracias que tal acto de fe y de amor no podrá menos de derramar sobre vuestras personas, sobre vuestro trabajo y vuestra acción apostólica?”.

Y así por el estilo en otras mil ocasiones, que sería excesivamente prolijo querer enumerar.

Pero las palabras fácilmente se borran de la memoria, o duermen el sueño del olvido en las páginas de los libros y las medallas se archivan en las vitrinas de los museos.

Su corazón de padre deseaba algo que llegara hasta el alma del pueblo y le fuera renovando periódicamente las dulzuras de la devoción al Corazón Virginal de la celestial Madre. Por eso instituyó dos fiestas especiales, la de María Reina del Mundo para el 31 de mayo, y la del Inmaculado Corazón de María para el 22 de agosto, en las que desea —y para la primera hasta ordena y manda— que se renueve todos los años en todas partes la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María.

Bien sabía el Santo Padre que así reducía a la práctica los deseos manifestados por la Reina del cielo a su confidente de Fátima, a quien había dicho en 1917, en su tercera aparición en Cova de Iría: “yo volveré para pedir la consagración de Rusia a mi

Inmaculado Corazón”; y a quien realmente se volvió a aparecer en 1929, estando entonces en Tuy (España) en calidad de Religiosa Dorotea, para encargarle que manifestara al Sumo Pontífice su deseo de que, en unión con los Obispos de todo el mundo, consagrara especialmente Rusia a su Corazón Inmaculado.

Por medio de estas dos fiestas litúrgicas, todos los años el Santo Padre, juntamente con los Obispos, Párrocos, Directores de Colegios, etc., de todas las partes del globo, renovará la consagración del mundo al Corazón de la más tierna de las madres, en la que va nominal y expresamente incluida la de Rusia.

Seguros podemos estar de que a medida que se vayan cumpliendo estos deseos de la divina Madre y del Vicario de Cristo en la tierra, se irán trocando en hechos la conversión a Dios de la nación atea y la paz del mundo, actualmente empeñado en su propia perdición.

Por los datos que acabamos de apuntar parece claro que en los planes de la divina Providencia Pío XII tenía asignada la misión especial de tener que universalizar y consolidar en la Iglesia y en el mundo el grande y feliz movimiento cordimariano, iniciado en Fátima en 1917 por la misma Reina del cielo por medio de sus pastorcitos videntes, que ella misma ha ido trazando y delineando oportunamente en años posteriores a través de nuevas revelaciones hechas a Lucía o por medio de su protección especial y de sus maternales inspiraciones otorgadas al representante de su divino Hijo en la tierra.

Gracias a este movimiento salvador, la devoción del Corazón de María, que en siglos anteriores parecía ser patrimonio de unas pocas almas selectas, se ha incrementado extraordinariamente en la Iglesia y está iniciando, según parece a juicio del mismo Pío XII, una nueva era en la historia, que ha de transformar al mundo. He aquí cómo se expresaba el mismo Santo Padre en una audiencia concedida al Secretariado General de las Congregaciones Marianas: “¿Podremos llamar de otra suerte este tiempo en que vivimos que tiempo y época de la Virgen Nuestra Señora? ¿No veis en el mundo entero qué lección de amor, de fervor extraordinario por la Medianera de todas las gracias, por la Corredentora del género humano, por la que tiene las llaves de toda gracia, de todo don perfecto, de todo bien que descende del cielo? Lo que ha sido siempre verdad, lo que ha sido siempre un dogma católico, se vive ahora más que nunca; es la palpación de millones y millones de

hijos de la Virgen, que la aman, que la veneran; es el triunfo de todas las naciones, de Nuestra Señora de Fátima, que nos toca a Nos vivir en estos últimos años en diversas regiones de Europa; ...*es la era de la Virgen María*". Ilustración del Clero, 1954, página 249.

En la imposibilidad de seguir más al detalle, como sería justo, toda la trayectoria cordimariana del Pontificado de Pío XII, permítasenos resumirla por vía de mera cita en las gestas de más notable realce fatimista:

31 de octubre de 1942: Primer radiomensaje a Portugal sobre Fátima, incluyendo en él la consagración del mundo, especialmente de Rusia, aunque sin nombrarla, al Inmaculado Corazón de María.

8 de diciembre de 1942: Consagración oficial y solemne del mundo al Inmaculado Corazón de María, hecha personalmente por el Papa en la Basílica del Vaticano, en reiterada y universal renovación de la anterior consagración.

4 de mayo de 1944: Establecimiento de la fiesta del Inmaculado Corazón de María para toda la Iglesia y fijación definitiva de la misma en el día 22 de agosto, entonces octava de la Asunción.

13 de mayo de 1946: Coronación canónica de la Virgen de Fátima, hecha por el Cardenal Mazella en calidad de Legado Pontificio. Segundo radiomensaje sobre Fátima.

1 de mayo de 1948: Publicación de la encíclica "Auspicia Quaedam" exhortando a todos, especialmente a las Diócesis, Párroquias y Familias cristianas, a consagrarse al Inmaculado Corazón de María.

1 de noviembre de 1950: Definición dogmática de la Asunción de María Santísima al cielo en cuerpo y alma.

13 de octubre de 1951: Conclusión del Año Santo de Fátima, hecha por el Cardenal Tedeschini en nombre del Papa. Tercer radiomensaje del Sumo Pontífice sobre Fátima.

7 de julio de 1952: Consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María.

8 de septiembre de 1953: Publicación de la encíclica "Fulgens Corona", exhortación a la celebración universal del centenario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción de María y apertura del Año Mariano.

11 de octubre de 1954: Publicación de la encíclica "Ad ceali Reginam", establecimiento de la fiesta de María Reina para el 31 de mayo y orden de renovar todos los años en tal día la consagra-

ción del mundo al Inmaculado Corazón de María.

1 de noviembre de 1954: Allocución en el Vaticano con ocasión de la coronación de la imagen de María "Salus Populi Romani" en la conclusión del noveno Congreso Mariano Internacional.

12 de noviembre de 1954: Concesión del título de Basílica Menor a la Iglesia del Rosario de Fátima.

2 de julio de 1957: Circular a los Obispos de Francia "Le pèlerinage de Lourdes" y apertura del año jubilar de las Apariciones de Lourdes.

17 de septiembre de 1957: Mensaje al décimo Congreso Mariano Internacional celebrado en Lourdes.

Bello conjunto mariano, que destaca la mano de la Providencia, y no de un simple tope casual, en el hecho de haber recibido su consagración episcopal este gran Pontífice en el mismo día y en la misma hora en que tenía lugar en Fátima la primera Aparición de la Santísima Virgen a 13 de mayo de 1917, y en el otro, más glorioso aún, de haber obtenido ya en vida su premio marcadamente fatimista y cordimariano de manos de la celestial Madre en la contemplación del Sol de Fátima desde los jardines del Vaticano poco después de la definición del dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a la gloria. Veremos más tarde la revelación simbólica del Corazón de María, que tan bello y vivo Sol expresa, lo que pondrá más de relieve el paralelismo fatimista entre la vocación cordimariana del Papa y la de los pastorcitos desde los albores de Fátima —13 de mayo de 1917— hasta su cénit solar, ya en el valle de Iría, ya en los jardines del Vaticano, por muy distanciados que en todo lo demás se vean los senderos de tan santas vocaciones personales.

XIX

FLORACION DE CONSAGRACIONES NACIONALES AL INMACULADO CORAZON DE MARIA

En su tercera Aparición pronostica María que Dios ha de castigar a algunas naciones con la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y el Santo Padre, advirtiéndole al mismo tiempo, como buena Madre, que pueden evitarse esos males por medio de

la consagración a su Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados: "Para evitar estas cosas, yo pediré la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados. Si mis deseos son atendidos, Rusia se convertirá y habrá paz".

Muchas son ya las naciones que, a tenor de estos deseos de la celestial Madre, se han consagrado a su maternal Corazón.

He aquí la lista de las que hasta el presente lo han hecho, en ninguna de las cuales es posible ver el azote de la guerra, propiamente dicho, aunque algunas, como Argentina y Brasil, hayan tenido que superar muy difíciles trances, de todos conocidos, para soslayar su amenaza:

Ecuador, Perú y Venezuela en mayo de 1943.

Inglaterra y Uruguay en julio y agosto del mismo año.

Panamá y Holanda a 3 de octubre del mismo.

Chile, el año 1946.

Polonia, el 8 de septiembre de 1948.

Canadá, el 15 de agosto de 1954, año mariano.

Alemania, el 5 de septiembre del mismo año mariano.

Todas estas naciones se consagraron al Inmaculado Corazón sólo por medio de la autoridad eclesiástica. Bien está; pero no es ésta la mejor consagración.

También la autoridad civil depende de Dios y necesita de El y de su celestial Madre, y conviene que muestre públicamente esta dependencia, ya recitando como suprema autoridad civil la fórmula de consagración, ya asistiendo siquiera oficialmente al acto consagrador.

Las naciones que hasta el presente se han consagrado al Corazón Inmaculado de este segundo modo son las siguientes:

Colombia, el 21 de mayo de 1943, en el Templo Votivo del Divino Corazón en Bogotá, asistiendo todos los Obispos de la Nación y varios Ministros.

Irlanda, el 15 de agosto de 1943, con asistencia de todos los Obispos de la Nación, del Presidente Sr. De Valera, del Gobierno en pleno, del Alcalde de Dublín y de una gran multitud de fieles.

Brasil, el 31 de mayo de 1946, en el Santuario de la Candelaria (Río de Janeiro) asistiendo el Nuncio de S.S., el Cardenal de Sao Paulo, sesenta Obispos, y el Presidente de la República, Sr. Gaspar Dutra con varios Ministros.

Argentina, el 12 de octubre de 1947, en el Santuario de Luján,

como fin y corona del Congreso Nacional Mariano. Leyó la fórmula de consagración el Cardenal de Buenos Aires, Emmo. Dr. Santiago L. Copello, y representó al Gobierno el Ministro Sr. Quijano.

Bolivia, el 12 de octubre de 1948, en la conclusión del Congreso Nacional Mariano, celebrado en La Paz. Leyeron sendas fórmulas consagracionistas el P. Abel Antezana, Arzobispo de La Paz, Misionero Claretiano, y el Presidente de la República, Sr. E. Hertzog, que asistió rodeado del Gobierno en pleno.

Bélgica, el 5 de septiembre de 1954, Año Mariano, al terminar el Congreso Nacional Mariano, celebrado en Koekelberg, en la basílica nacional del Divino Redentor. Leyeron sus respectivas fórmulas de consagración el Emmo. Cardenal Van Roey, Arzobispo Primado de Bélgica, y el Rey Balduino. Presidía los actos una imagen de la Virgen de Beauraing, cuyas revelaciones vienen a ser complemento y coronación de las de Fátima, como saben nuestros lectores. Estos actos, empero, más que de consagración propiamente dicha, fueron de renovación de la hecha en 1916, por iniciativa del Cardenal Mercier.

España el 12 de octubre de 1954, en Zaragoza, como antes vimos.

Italia en septiembre de 1959, en la Basílica romana de San Juan de Letrán, como acto final del Congreso Eucarístico Nacional de Catania y de la peregrinación de la Virgen de Fátima por diferentes ciudades y pueblos de la Nación.

Sabido es que Portugal se anticipó a todos consagrándose al Inmaculado Corazón de María en Oporto en 1905, adelantándose en doce años a las mismas Revelaciones de Fátima, y haciéndose quizás acreedor con tan cordimariano gesto a que descendieran más tarde sobre él tan cordimarianas y salvíficas manifestaciones del cielo.

Todas estas naciones saben por propia experiencia qué son el don de la paz interior y exterior y el disfrute de los bienes de que suele acompañarse.

No ha bajado la Virgen del cielo a la tierra para hacernos felices aquí abajo, ni ha ofrecido nunca garantías absolutas de paz en la tierra a las entidades, ni a las personas, que se le consagren. Pero nos ofrece su Corazón Inmaculado a modo de refugio y camino para llegar a Dios, de escudo de protección contra los males que puedan asediarnos y hasta de fuente y remanso de paz temporal necesaria o conveniente para poder seguir tranquilos por los caminos de la eterna.

Razón hay, pues, para creer que muchas naciones y otras mil entidades humanas, colectivas e individuales, tienen en Fátima la luz de su esperanza y el secreto de la verdadera paz y felicidad, hasta de la relativa paz y suerte temporales, que no puedan servir de estorbo, sino sólo de aliciente, para mejor conseguir la dicha eterna. La Santísima Virgen, que no puede engañarnos, así nos lo dijo y repitió: "Si escuchan mis palabras Rusia se convertirá y habrá paz".

Lo mismo está repitiendo en nuestros días la historia contemporánea de algunas naciones que voluntariamente se le han consagrado. Y quizás también a su modo los contratiempos de las que no lo han hecho. Cristo quiere dar hoy la paz al mundo por medio del Corazón de su Madre, como Ella misma nos lo ha dicho en Fátima.

XX

CUARTA APARICION, PRIMERA DE AGOSTO. SOBRENATURALES FENOMENOS DEL 13 DE AGOSTO EN AUSENCIA DE LOS PASTORCITOS

El 13 de julio, en su tercera aparición, la Santísima Virgen con sus pastorcitos, insistió en que no faltasen allí el 13 del siguiente mes de agosto.

Bien sabía que no podrían acudir a su maternal cita. Pero ¿qué importa? Dios y su Madre se complacen sobre manera en los que, imposibilitados de cumplir externamente sus preceptos, se esfuerzan en hacerlo. Para Ella muy presentes estuvieron el 13 de agosto en Cova de Iría sus tiernos videntes, por más que corporalmente estuvieran lejos de allí.

Ella por su parte tampoco faltaría en aquel lugar, escogido para irradiar sus bondades en el mundo, y dejaría sentir en aquel día su presencia, mucho más claramente aún que en meses anteriores, ante la multitud que allí acudiera.

Era necesario hacerlo así para no defraudar las esperanzas de sus devotos y para que todos vieran que no pueden prevalecer

contra Ella los planes diabólicos de los enemigos de Dios, sino que, al contrario, Ella misma se sirve a las veces hasta de las maquinaciones del mal, permitiéndolas hasta donde pueden servir para hacer brillar mejor, sobre ellas y a pesar de ellas, su maternal Providencia.

Así en este caso se sirvió de la astucia del Alcalde masón para coronar a los heroicos pastorcitos con muy digna, y hasta al parecer martirial, corona de méritos, y de la propaganda de diarios anticatólicos e impíos para atraerle peregrinos y devotos.

La Autoridad Eclesiástica seguía prudentemente al margen de lo que en Fátima y sus alrededores era platillo de todas las conversaciones y tertulias. La prensa católica quedaba también silenciosa en espera de más claros indicios de verdad o de mentira en los raros y mensuales sucesos de los días 13.

En cambio la anticatólica y masónica, arreciando cada día con más saña en su porfía difamatoria, campaba a sus anchas por senderos y vericuetos de mentiras, calumnias y meras suposiciones contra la Iglesia y contra el Clero, a gusto e inventiva personal del autor de cada artículo. Unos hablaban de sugestiones y exageraciones clericales y fanáticas, destinadas a azuzar el fanatismo popular contra las instituciones republicanas; otros de que se había descubierto un hermoso manantial de aguas minerales en Cova de Iría y que su dueño, para atraer posibles compradores al rico lugarejo, había fantaseado y propalado toda una novela de raras intervenciones sobrehumanas; todos coincidían en destacar en los singulares fenómenos intenciones financieras, como cínicamente decía "O Seculo", el diario portugués de mayor circulación en aquellos días, en su edición de 23 de julio de 1917, "una fábrica de milagros y de dinero al estilo de la de Lourdes".

Resultado: que sus maliciosos artículos despertaron la curiosidad en muchos de sus lectores, que a miles acudieron a Cova de Iría el 13 de agosto, juntamente con otra mucha gente devota y bien intencionada, para experimentar por sí mismos el funcionamiento de tan singular fuente de fanatismo, milagros y dinero, o de lo que fuera.

Allí los quería Dios y su Madre a unos y a otros para que vieran con sus propios ojos un gran milagro, que había de convencerles de la sobrenaturalidad de aquellos hechos y de la veracidad de los pastorcitos. La forzosa ausencia de éstos, que hubieran podido agradecer al fanatismo antirreligioso del Alcalde, hacía provi-

dencialmente imposible la suposición de fraude de parte de ellos, y de cualquiera que con ellos hubiese podido mangonear.

A eso de las doce, algunos de los más próximos a la carrasca empezaron a rezar el Rosario. Poco a poco se les unieron todos los allí presentes en el recorrido de los misterios de tan popular y tan fatimista devoción.

De pronto se oye un trueno sordo y prolongado, estando el cielo sereno.

Mucha gente grita, presa de temor: “aquí vamos a morir todos”, y se echa a correr. La mayoría, empero, permanece en el lugar, aunque amedrentada.

Entonces unos y otros vieron un destello de luz hacia el Oriente (llamada mariana) por encima de sus cabezas, una especie de nubecilla blanca y transparente, que flotaba en el aire, moviéndose hacia ellos, hasta que vino a posarse sobre la carrasca de las apariciones. Se miraban estupefactos unos a otros y observaron otra cosa igualmente singular: sus vestidos y su rostro, hasta los árboles y el suelo aparecían matizados de bellos colores rojos, amarillos, anaranjados, azules, etc.; el mismo follaje de los árboles y matorrales con tan vivo y variado colorido parecía convertirse en bellas flores o estrellas.

De pronto la nubecilla, que envolvía la encina, empezó a elevarse en el aire desandando la ruta que había seguido al venir, hasta desaparecer del todo en las alturas del firmamento. Con su ausencia desaparecieron también los variados colores que durante su estancia en aquel lugar lo habían transformado en un trasunto del cielo.

Evidentemente había sucedido allí en presencia de unas seis mil almas algo extraordinario, humanamente inexplicable. Nadie había visto a aquella celestial Señora, que los pastorcillos habían anunciado. Pero todos acababan de comprobar por sí mismos las señales de su presencia.

¿Qué sacará el Alcalde de impedir el acceso a los pastorcitos a aquel lugar? Con ellos o sin ellos las Apariciones siguen su curso.

Los ojos de todos se dirigen hacia la encina y sus alrededores en busca de los niños videntes, para preguntarles lo que ellos habrían visto y oído en el supuesto coloquio con la Reina del cielo. Pero nadie puede dar con ellos. ¿Dónde estarían los picaruelos? ¿Habrían podido faltar ellos a la sobrenatural cita?

Pronto sonaron voces descifrando el enigma: “El Alcalde los

ha arrestado. Ayer se los llevó en su carricoche de casa del Sr. Cura”.

¡Luego el Alcalde había estropeado una revelación manifiesta del cielo y frustrado los designios de la Madre de Dios! ¡Y el Sr. Cura también! ¡Los dos confabulados contra el pueblo, en tan digno y santo asunto! ¡Y muchos de los allí presentes habían tenido que recorrer largos kilómetros a pie o en malas cabalgaduras para llegar a aquel lugar! ¡Y otros habían sacrificado su jornal o su empleo en aquel día para que después la autoridad civil y lo que es peor, también la religiosa, se burlaran de ellos de aquel modo cruel e inhumano!

Las emociones de amor, de temor, de esperanza, de curiosidad y de expectación de antes se iban transformando en el diálogo de unos con otros en hondos y vivos sentimientos de indignación, de odio y venganza contra el Sr. Cura y contra la primera autoridad civil del lugar. Muchos jóvenes y algunos hombres fornidos empezaron a cortar palos de los árboles y matorrales para tomar medida, decían, de las costillas del Alcalde y del Cura. Paró aquello en una asamblea popular y espontánea de seis mil cabezas y de una sola mente movida por la indignación, que prorrumpió en mueras y gritos estruendosos, que se oyeron desde Aljustrel, a unos tres kilómetros de distancia.

Afortunadamente ni una ni otra de las dos autoridades estaban entonces allí mismo, al alcance de aquellos puños crispados y de aquellos palos de mal agüero, aunque tampoco estaban lejos, ni podían sentirse impermeables a los posibles desafueros de tamaña rebujía.

Por suerte todavía mayor, no todos los allí presentes eran curiosos, ni incrédulos. Había también mucha gente piadosa y digna, y en presencia de los sobrenaturales hechos, que todos acababan de presenciar, quien más quien menos, todos se sentían dulcemente fascinados por el amor a la Santísima Virgen. Sonaron pronto voces de paz y de perdón a favor, decían, de los que no saben lo que hacen: “No se puede permitir que termine en un crimen sangriento el favor que todos aquí acabamos de recibir de la Madre de Misericordia”.

“Muchachos, tomadlo con calma, gritaba por su parte Marto, apenado más que todos los demás por el secuestro y el ignorado paradero de sus dos hijos menores. ¡No hagáis mal a nadie! ¡Quien merezca castigo lo tendrá a su tiempo! ¡Dios y su Madre están a

- favor nuestro, como todos hemos podido ver! ¡Todo esto es designio del que está arriba!

La multitud titubeó y de momento se contuvo, hasta que poco después empezó a deshacerse en grupos hacia sus hogares, entre cantos y rezos y comentarios de los sucesos, de que habían tenido la suerte de ser testigos, a pesar del abandono y de la oposición de los que creían contrarios y confabulados contra aquellos sobrenaturales sucesos desde las alturas de su respectivo mando.

Marto partió también para su casa con la doble honda pena de haber visto frustrada por aquel día la felicidad de sus hijos menores, que esperaban con ansia la visita de la Virgen y de tener que tolerar su ausencia del hogar y la ignorancia de su paradero, bajo el negro y fatídico control de un hombre poderoso y sin conciencia.

Para colmo de amarguras al llegar a casa se encontró a su mujer y a sus hijos mayores llorando la ausencia de los pequeñines, discutiendo y discutiendo inútilmente trazas para arrancarlos de manos del apresador.

¡Qué desgraciados somos! decía Olimpia. ¡Se han llevado presos a nuestros hijos!

¿Qué será de nosotros?

María Rosa, empero, sabía mezclar su tanto de dura corrección hasta en tan amargo trago: "Si están mintiendo, bien está que reciban su merecido; y si dicen la verdad, Nuestra Señora los defenderá".

Atinada respuesta del buen sentido popular, que recuerda la de Gamaliel a los sanedritas, preocupados por los primeros fulgores del Evangelio y de la predicación apostólica: "Si ésta es obra de Dios nada podréis contra ella. Si por el contrario, es obra de los hombres, se deshará por sí misma".

Fátima, como la Iglesia y como todo lo que en ella se desenvuelve, tiene su lado divino y su lado humano.

¿Qué haría el hombre en la Iglesia sin la asistencia especial de su divino Fundador?

Hundirla en el abismo de la nada, donde todo lo humano tiene su término.

¿Qué haría el hombre en Fátima sin la protección especial de María?

Bien a las claras puede verse con solo recordar lo que allí mismo pasó el 13 de agosto de 1917: convertir en breves minutos un trasunto del cielo en otro infierno.

¿Qué cosa más hermosa y más encantadora que la decoración que a aquel agreste lugar imprimió en tal día la presencia de la Reina del Cielo? Hasta la hojas y los tallos de las plantas y arbustos semejabán vistosas flores; la cara y los vestidos de los circunstantes, la misma tierra y las piedras, todo lo que abarcaba la vista reflejaba en variedad y belleza de sus colores la multiplicidad de gracias y el vitalismo sobrenatural, de que es perenne fuente para todos, absolutamente para todos, hasta para los que merezcan quizás dictado de hez y pedruscos de la sociedad, el Corazón Maternal que para bien y remedio de la humanidad se ha revelado en Fátima.

¿Era de prever que momentos después de tan dulce visión, por todos gozada, prorrumpiera la multitud en gritos de odio y venganza contra alguien, por malvado y criminal que pudiera ser?

No se ganó Zamora en una hora, dice el adagio vulgar. Ni con milagros ni sin ellos, añadiríamos nosotros.

Siga acudiendo mensualmente a Fátima aquel gentío, que por algo la Santísima Virgen quería entrevistarse allí mensualmente y en día fijo con sus tiernos videntes —para ir ganando y mejorando su alma en sucesivas y ascendentes etapas—; es decir, practíquense mensualmente algunas de las devociones que Fátima ha revelado o recomendado —Comunión reparadora de los Primeros Sábados, consagración o renovación de la consagración de la familia, etc., y se renovará el mundo. Y si algún día el cielo quisiera repetir la primera parte de la escena, que en Fátima contempló una gran multitud a 13 de agosto de 1917, se cambiaría espontáneamente la segunda en gritos, no de odio y venganza, sino de perdón y de ruegos por la conversión de los pecadores.

Sólo pueden comprender porqué el Espíritu Santo se había de aparecer a los Apóstoles en figuras de lenguas de fuego los que, gracias a la predicación apostólica, ya están interiormente transformados en sus divinos dones.

Sólo comprenderá el mundo actual porqué la presencia de María había de transformar el agreste lugar de Cova de Iría en un anticipo del cielo cuando, gracias a su devoción, veamos transformados en flores y en vivos cambiantes de virtud muchos corazones, que antes sólo podían merecer el dictado de hez o pedruscos del orden social.

Por María vino la primera transformación del mundo, que empezó en Pentecostés.

Por ella está viniendo la que el mundo actual necesita que, a lo que creemos, tiene su clave y su vivo simbolismo en Fátima.

Con todo, como sobrada razón parece temer Castelbranco (1), esos fenómenos atmosféricos, y otros que más adelante hallaremos, pueden hablar también muy diferente lenguaje para el caso posible de nuestro desprecio del Mensaje de la Virgen, a estilo de lo que entonces mismo estaba sucediendo en la Alcaldía de Ourem. Pueden ser expresión de muy graves castigos, que sobre el mundo pueden caer, si no pone remedio a su voluntaria ceguera. Para forzarle a salir de tan grave error, María trae en sus manos muy grandes premios y muy graves castigos, que pone repetidas veces ante nosotros para que voluntariamente elijamos entre unos u otros, cielo o infierno, paz o guerra, prosperidad o aniquilamientos nacionales, etc.

También la bomba atómica, al estallar, se descompone en muy variados colores.

XXI

LA TEMPESTAD CALMADA

Nos hemos visto forzados a escribir el capítulo anterior sobre el volcán efervescente de indignación y odio y deseos de venganza, que el secuestro de los pastorcitos, vilmente preparado por D. Arturo Santos Oliveira, suscitó en la multitud de unas seis mil personas, reunidas en Cova de Iría, testigos de hechos sobrenaturales, verificados allí mismo a vista de todos.

De momento la impresión que tales fenómenos, evidentemente sobrehumanos, habían de dejar en el alma y la comprobación de que el Salvador y su Madre estaban allí, serenó un tanto los ánimos muy justamente excitados por el proceder del Alcalde raptor.

Pero era de temer que esto no bastaría para apagar del todo el rescoldo de indignación, ni los deseos de represalias, que muchos naturalmente habían de sentir, sobre todo mientras los niños raptados no pudieran volver a su casa.

Mucho se temía por la suerte de éstos, como también por la del Alcalde y del Sr. Párroco, a quien equivocadamente se suponía complicado en el triste suceso. Como era natural, tanto al uno

como al otro de los dos últimos llegarían pronto avisos del peligro que corría su vida, para que vieran de ponerla a salvo por los medios que creyeran conducentes.

Al Sr. Cura no le había de ser difícil defender dignamente su actitud, pues, aunque las apariencias estaban en contra suyo, lo cierto era que él no había tenido arte ni parte en el infeliz secuestro, ni tampoco había traspasado los límites de la prudencia en la cuestión de los hechos de Cova de Iría. Le bastaría poner cada cosa en su lugar, o los puntos sobre las íes, como suele decirse, para quedar del todo limpio de las sospechas, que contra él se levantaban, por culpa del Alcalde masón, o del latero, como se le llamaba por razón de su oficio.

Y debía hacerlo hasta por el buen nombre de la clase a que pertenecía y para evitar el escándalo de sus feligreses y otras mil posibles consecuencias.

Así lo hizo, por medio de la prensa. He aquí la carta que dirigió a los periódicos “La Orden” de Lisboa, y “El Ouriense” de Vila Nova de Ourem, para que la publicaran, y que realmente entrambos dieron a la publicidad:

“A los creyentes y a los no creyentes:

Con toda la amargura de corazón de Sacerdote católico, trato de hacer patente y afirmar ante todos cuantos tuvieron conocimiento, o lo puedan tener, del rumor, tanto más infamante y repelente cuanto más peligroso para mi existencia y dignidad parroquial, de que fui cómplice en el brusco rapto de los niños, que dicen ver a Nuestra Señora en esta Feligresía, dando así satisfacción a la autoridad de sus padres y a las cinco o seis mil personas (según cálculos), que de muchas leguas de distancia y con enormes sacrificios, vinieron a verles, a hablarles u oírles hablar; vengo, digo, a repeler tan injusta como insidiosa calumnia, manifestando públicamente que no tomé ni la más insignificante parte, directa ni indirectamente, en el odioso y criminal acto.

El Alcalde no me confió el secreto de sus intenciones,

Y si fue providencial —como fue— que la autoridad llevara furtivamente, y sin posibilidad de resistir, a los niños, no fue menos providencial la pacificación de los ánimos, excitados por el diabólico rumor; de otra suerte esta Feligresía tendría hoy que lamentar la muerte de su Párroco, como cómplice de un crimen, en el que, gracias a la divina bondad, no tuvo ninguna parte.

Pero esta vez la celada del demonio no logró herir de muerte,